FEDERICO JEANMAIRE

La banda de los polacos

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Polonia del sur
Borges
Siete
Cinco
Una
Jonathan
Caramelos
Ipomea
El sermón de la maceta
Fresno, luna y billetes
El lado oscuro de la belleza
El quiosquero sabe más que google
Tres
Mensajes
Solos pero acompañados
Treinta y nueve
Un corto paréntesis
Elián rodríguez
El jardín de los milagros
Dos
Carla
Puertas y puertas
La última cena
Las manos de dios
Un segundo paréntesis
Jueves santo
El amor cambiará el mundo
África del norte
Créditos

Yo era polaco.

Testamento,
Witold Gombrowicz

protejo lo absurdo
como si fuera lo único
sensato que queda

El mecanismo del agua,
Alejandra Santoro

Un huracán no dura toda la mañana.

Lao Tse

Me tapé los ojos y vi una banda de polacos. Eso le había dicho al Polaco el viejo Borges, el propietario del quiosco más concurrido de la villa, el más elegante, el que queda justo enfrente de la iglesia. Se lo había dicho hacía muchos años, cuando el Polaco todavía era un nene. Ahora, el Polaco lo recordaba en voz alta frente a los otros varios polacos que lo rodeaban. Cuando me percaté de que cruzabas, de que venías para acá, me tapé los ojos y vi una banda de polacos, recuerda el Polaco desde algún entusiasmo que le dijo el viejo Borges aquella vez.

El Polaco era el mayor de siete hermanos.

El mayor y el único polaco de la familia.

Sus hermanos no. Sus hermanos eran bien oscuros. Tan oscuros como su madre.

Era el único polaco de la familia pero no el único polaco de la villa. Había más polacos. Un montón de rubios blanquitos más. Varios de los cuales, ahora mismo, estaban escuchando atentamente lo que contaba que le había dicho, hacía años, el viejo Borges.

Por eso.

Porque ahora estaba rodeado de otros tan polacos como él, había preferido momentáneamente dejar de ser el Polaco para avisarles a los demás que su nombre era Braian.

–Soy Braian.

Les avisó a los que escuchaban.

Y enseguida continuó.

Aquella vez el viejo le había dicho que se tapó los ojos y vio una banda de polacos. Una banda de entre uno y diez polacos; que la imagen le había durado apenas unos segundos y que, en tan poco tiempo, no había podido establecer con precisión de cuántos polacos se trataba. Más de uno y menos de diez, le aseguró. Aunque no había podido contarlos y esa imposibilidad planteaba el difícil asunto de la existencia de Dios: solo Dios podía definir el número exacto de polacos que había visto mientras se tapaba los ojos durante algunos segundos. De cualquier manera, por supuesto que si en el futuro aparecía alguien capaz de contarlos que no fuera Dios, en ese improbable momento Dios dejaría de existir. Ergo, Dios todavía existe, había terminado el viejo Borges aquel día.

Los polacos se habían reunido en la placita triste y pelada que queda

justo al costado de una de las salidas de la villa. A pedido de la Yesi, se habían reunido. Pero no eran amigos. Y como no eran amigos y la Polaca, la que había invitado a la reunión, no abría la boca, al Braian se le había ocurrido desafiar el mutismo general contando aquello que le había dicho, años atrás, el viejo Borges, el dueño del quiosco más sofisticado de la villa.

Braian dijo lo que dijo y volvió el silencio a la plaza.

Un buen rato.

Hasta que otro de los polacos, mirando hacia algún punto perdido entre las hojas más altas del solitario fresno que había a la derecha de la escena, argumentó que algo no le cerraba del cuento, que el viejo no podía haber visto ninguna banda, que uno no ve nada cuando se tapa los ojos.

Otro de los polacos le dio la razón.

Enseguida, un tercero atribuyó el hecho de que el viejo no pudiese saber con exactitud el número de polacos que conformaban la banda a los pocos segundos que había mantenido los ojos tapados; que nadie de la villa era tan bueno en matemáticas, que se necesitaba tiempo para sumar, que a ninguno de por ahí, por más viejo que fuera y aunque tuviese un quiosco enfrente de la iglesia, le alcanzaban unos pocos segundos para sumar nada.

–También eso es verdad.

Afirmó el polaco que antes había reconocido que nadie ve nada si se tapa los ojos. De inmediato, ese mismo polaco se encargó de terminar con las últimas dudas del grupo: aseguró que todos los villeros, incluso aquellos que no eran polacos, sabían perfectamente que Dios no existía, que Dios era un invento de los que no vivían en las villas.

El fresno había vuelto a su soledad habitual. Ya nadie le prestaba atención. No lo necesitaban. Los varios pares de ojos polacos se enfocaban en los del Braian con alguna ansiedad: esperaban la defensa que les debía de su relato.

Pero el Braian callaba.

No sabía qué decir.

Solo se le había ocurrido que la anécdota podía servir para romper el hielo. Tampoco tenía idea del motivo por el cual la Yesi los había reunido ahí en la placita. Con algo de desesperación, prefirió esquivar las miradas de los demás y refugiarse en los ojazos claros e imperturbables de la Polaca.

Ella entendió su desesperación.

Y aunque se tomó todavía algún tiempo para observar los alrededores de esa desesperación, la piba estaba decidida a asumir el liderazgo.

A la Yesi, a la Polaca, también la conocían como la Colorada. No era rubia como los demás polacos. Pelirroja y bien blanquita, la más blanquita de todos, hasta con pecas. Y no andaba en la joda. Casi una careta, la Colo. Sin embargo, estaba más buena que el pan calentito de la mañana. Por eso, con toda seguridad, fue que los polacos no habían tenido que hacer el menor esfuerzo para aceptar formar parte de la reunión.

Habían ido.

Para ver de qué se trataba.

O para tenerla a ella cerca al menos por un rato, mejor. Aunque, claro, al Braian se le había ocurrido el discurso ese que se había mandado. Y el resto de la tarde pintaba un desastre de sequía y de aburrimiento: ni una fresca había, solo el larguísimo y estúpido relato del polaco que se había presentado como el Braian.

–Polonia va a cambiar el mundo.

Se mandó la Polaca en medio de la desazón que se palpaba en el ambiente. Y continuó casi sin tomar aire: que el mundo estaba mal, muy mal, horrible, sucio, asqueroso, injusto, un desastre, que todo patas arriba, todo al revés, que había que terminar con tanta mierda de una vez y para siempre.

Pero no se detuvo ahí.

–Parece que no les gustó el cuento de Braian. Puede ser. Los entiendo. A mí también me cansó un poco. Demasiado largo. Sin embargo, si se animan a cambiar el mundo conmigo, tendríamos que empezar por cambiar los motivos que nos llevan a ese cansancio.

El silencio polaco era absoluto.

Esa perrita, lejos la más hermosa de la villa, también sabía decir y convencer.

Por eso, porque intuyó con facilidad lo que ocurría a su alrededor, la Polaca se animó a más: tendríamos que comenzar por cambiar algo módico; cambiar, por ejemplo, aquello que entendemos de lo que nos cuenta del mundo el viejo Borges o cualquier otro gil por el estilo, esa podría ser una buena manera de empezar a cambiarlo.

–No entiendo.

Dijo uno de los polacos.

El único polaco que, muy a pesar de la tremenda belleza de la Yesi, parecía no tener tantas ganas de permanecer por más tiempo en la ronda.

La Colo, entonces, se acercó hasta el polaco que había hablado y lo encaró. Desde muy cerca, le avisó que no quería conocer su nombre, que no le interesaba, que solo le importaba saber si tenía huevos para cambiar el mundo.

–Me sobran. Para eso y para lo que sea.

Contestó el polaco arrinconado.

–¿Vos sos el mismo machito que aseguró que Dios no existía, que eso era un invento de los que vivían fuera de la villa?

–El mismo.

–Eso habría que probarlo.

El polaco bajó los ojos.

No se animó a contestarle a esa mina tan linda y tan portentosa que era imposible probarlo, igual de imposible que demostrar su existencia. Bajó los ojos y se quedó callado en lo que comenzaba a parecerse, cada vez más, a un rincón penitente bien al sur de Polonia.

–A ver.

Dijo entonces la Yesi.

–Está claro que lo del viejo fue una premonición. Vio a varios polacos reunidos. Y eso es exactamente lo que somos ahora: varios polacos reunidos. Aunque no somos una banda. No todavía. Para convertirnos en una banda tendríamos que tener algún motivo, alguna razón, algún deseo común, algo que robar o algo por lo que luchar. El viejo lo imaginó. Tuvo una visión. Se tapó los ojos y apenas si lo vislumbró. Nosotros, hoy, acá, somos su premonición hecha realidad.

–Eso.

Afirmó el Braian.

Al pibe se le había transformado la cara. Sus ojos tenían otro brillo, casi reían de tanta felicidad. No podía dejar de masajearse la oreja izquierda. Quizá lo hacía por los nervios o, quizá, solo porque no sabía qué hacer con la alegría que le había caído encima apenas la Polaca había comenzado a explicar lo que para él resultaba a todas luces inexplicable.

–Hay que demostrar que Dios no existe. Y una buena manera de demostrarlo, y así refutar al viejo, sería que nos numeremos; si nos numeramos, sabremos cuántos somos y, a partir de ese instante, Dios dejará de existir.

No todos los polacos comprendieron la propuesta de la Yesi. Por eso, ella misma se encargó de iniciar la numeración.

–Una.

La siguió el Braian: gritó dos.

Luego vino el tres y el cuatro y el cinco y el seis. Finalmente, un montón de segundos después, llegó el siete.

–Siete. Somos siete. Pudimos definir el número. Ergo, Dios no existe. Y aunque a alguno, sobre todo a Siete, le cueste comprenderlo, con esa simple suma ya cambiamos un poco el mundo: lo dejamos sin Dios.

El Siete, desde la penitencia de su rincón, paseó los ojos por la

placita y no notó el menor cambio. Igual de pelada. Igual de triste. Ni una birra o algo de música en un par de kilómetros a la redonda. Para él, Dios no existía desde bastante antes, no se necesitaba sumar polacos para que dejara de existir.

Quería discutir.

Pelearle a esa pelirroja que estaba tan buena el centro de la reunión.

Sabía que la tarea sería difícil. Los otros cinco polacos babeaban con la minita, estaban entregados, y aunque él no era feo, tampoco tenía ese pelo ni esos ojazos. Mucho menos ese par de tetas ni esa tremenda cola.

Igual lo intentó.

Discutirle quizá fuera la manera de que los demás lo empezaran a respetar y ella se fijara en él. Casi siempre las cosas funcionaban de ese modo con los varones. Y, algunas veces, también funcionaban de esa forma con las minas.

–Tengo un nombre. No me llamo Siete.

La Polaca, la Colo, nació Yesica cuando su madre todavía no había cumplido los quince. Por eso no hubo fiesta en la casilla de su abuela. Nació blanquita. Y con los pelos tan rojos como los de su padre que todavía no era juez, apenas, por aquel entonces, secretario de juzgado.

Nació casi transparente.

Y tan distinta a los varios hermanos que le siguieron.

Por esas cosas de la vida, los polacos suelen ser los hermanos mayores. Asunto que seguro debe tener algo que ver con el hecho de que sus madres van a limpiar bien jóvenes las casas de los ricos de la ciudad y de los barrios privados vecinos a la villa.

La Yesi nació fuerte.

Decidida.

Con ganas de escaparse de la villa tan pronto como pudiese. Puso entusiasmo en el estudio, se portó bien, no quiso saber nada con las porquerías que la rondaban y consiguió, a fuerza de reclamarle y reclamarle, que su madre, a los dieciséis, le contase por fin quién era su verdadero padre.

–A partir de hoy, si te quedás con nosotros, vas a ser el Siete. Es mejor que no sepamos los nombres de los miembros de la banda. La lucha va a ser dura, y si no hay suerte y la cana descubre a alguno del grupo y lo que tramamos, nunca podrán sacarles los nombres de los demás.

–Pero vos te llamás Yesi. Y él Braian.

–Cuanto antes te olvides de nuestros nombres, mejor. Sobre todo,

mejor para mí, la Una, y mejor para él, el Dos.

–Me quedo.

Claro que a los dieciocho, ahora mismo, cuando finalmente había terminado la secundaria, había conseguido laburo como vendedora en un local del yopin de Martínez y ya podía irse para siempre de la villa, decidió que no, que ese era su lugar y que esa era su gente, que debía quedarse y pelearla.

En el local donde trabajaba conoció a un abogado.

Un tipo insulso que empezó a rondarla.

Lo dejó hacer. Lo dejó invitarla a cenas, le aceptó regalos y todas esas cosas que hacen los ricos insulsos para conquistar a las minas pobres. Pero ni un beso. Ni un solo beso hasta que consiguiera ganarle el juicio de filiación al hijo de puta que se había cogido a su madre a los catorce años.

–Me gustaría ser el Dos y no el Siete.

–Tendrías que haberlo pensado antes. Tardaste mucho en numerarte. Fuiste el último, no parecías muy decidido.

–Los últimos serán los primeros, prometió Dios.

–No te hagas ilusiones, desde hace un rato, justo desde el momento en que te bautizaste Siete, Dios dejó de existir.

Sin embargo, el juicio de filiación salió mal. Lo perdió antes de empezarlo. Una noche, mientras cenaban en un alto restaurante, el insulso le explicó que era imposible, que su padre biológico era juez federal, un tipo importante, realmente muy groso, que él no podía enfrentarlo, que arruinaría su carrera y que, aunque lo enfrentara, a un tipo tan importante no le costaría nada fraguar un ADN con la ayuda de la policía; que no valía la pena continuar, pero que su amor, el amor del abogado insulso por ella, ese sí era verdadero.

La Colo se levantó sin probar el postre.

Sin decir palabra.

Y no volvió a verlo. El tipo era un perfecto tarado y el mundo era una mierda repleta de insulsos cobardes.

–Necesito que mañana vayan todos a misa. A las once. Será nuestra primera misión.

–Esa es buena. Muy buena, piba. Acabás de decirme que los últimos nunca serán los primeros porque Dios no existe y ahora querés que vayamos a misa.

–Dios no existe, Siete. Pero la iglesia sí.

Ni se mosqueó, la Colo, con la imposibilidad de llevar adelante su

juicio de filiación. Ni ahí. Muy por el contrario, mientras caminaba sin haber probado el postre hacia la villa, se prometió la revancha. Tendría que meditarla, diseñarla en su cabeza sin decirle una sola palabra a nadie. Pensarla y repensarla hasta estar completamente segura. A cada paso que daba, se convencía un poco más de que algo se podía hacer, que valía la pena intentarlo, que ningún abogado cobarde ni ningún juez federal pelirrojo y poderoso iban a detenerla.

También se reía, cada tanto y entre juramentos de venganza, mientras caminaba.

Se reía porque su carácter de mierda esta vez la había traicionado: la había privado del panqueque de manzana flameado con ron que tanto le gustaba.

–Al menos, Una, sé amable y contanos para qué carajo tenemos que ir mañana a la misa.

–Se lo prometí al cura.

–No me parece una razón suficiente. Tendrías que explicarte un poco mejor; que vayamos a misa no creo que cambie nada del mundo, todo lo contrario.

–Por ahora no puedo adelantarles lo que tengo en mente. Es mejor que no sepan nada de lo que van a hacer. Por las dudas. Absolutamente nada. Los detalles se los voy a ir avisando a medida que sea necesario. No antes de que sea necesario. Vayan lo mejor vestidos que puedan y, porfa, no lleven los celulares ni los traigan nunca más a nuestras reuniones, no quiero estúpidas fotos que nos delaten en las redes.

–No me parece que hayas explicado nada. Me gustaría saber, necesitaría saber, en dónde es que me voy a meter.

–Ya te metiste, Siete. Te metiste cuando hace un rato dijiste que no te ibas. Ahora, solo te queda confiar en mí.

Ese domingo, el Braian fue el primero en llegar. Poco más de una hora antes del comienzo de la misa. Se había despertado temprano y no había querido esperar. Estaba ansioso.

Pero todavía no había nadie.

Ni siquiera el cura daba señales de vida.

Las puertas de la capilla estaban abiertas de par en par. Sin embargo, no se animó a entrar. Nunca había entrado en una iglesia, no tenía la menor idea de lo que hacer dentro y tampoco sabía si los demás polacos iban a aparecer. Prefirió quedarse ahí fuera, a un costado, haciéndose el boludo: en el caso de que los demás no se presentaran, se rajaba y listo.

Hacía calor. Mucho calor. Por eso se apuró a agradecerle a Dios que la capilla fuera tan empinada y lo protegiera de los odiosos rayos del sol. Aunque enseguida se desdijo: recordó que Dios había muerto en el instante mismo en que el Siete se había numerado. Entonces se rescató. Y el rescate tomó la forma de un efusivo agradecimiento hacia los albañiles que la habían construido y, en el hipotético caso de que lo hubiese habido, al maestro mayor de obras que la había diseñado.

El Braian, ahí de pie, a uno de los costados de la entrada a la iglesia, estaba feliz de ser el Dos. Era el número que quedaba más cerca de la Una. Más cerca de la Colo. De la endiabladamente hermosa Yesi. También estaba feliz porque ella había defendido su segunda posición frente al grupo. No le habría costado nada, para sacarse de encima la insidia del Siete, cambiarle su lugar por el de él. Podría haberlo hecho, esa poderosa mina podía hacer lo que quisiera con cualquiera de ellos. Pero no lo había hecho. Y eso lo ponía muy feliz.

Feliz.

Se quedó pensando en la palabra que acababa de pensar.

No la conocía y apenas si la había utilizado. En algún cumpleaños. O para la Navidad o el año nuevo. Ni siquiera se le había ocurrido pensarla o decirla el día que se echó el primer polvo con la flaca.

Era raro.

No conocía el significado de la palabra y ahora, como si nada, sin avisar, se le había metido dentro de su cabeza un par de veces, en la calurosa soledad de la mañana.

Para detener tanta ansiedad o para no pensar tanto en lo que podía significar la palabra *feliz*, fue que al Braian se le ocurrió mover hasta el quiosco. No quería comprar nada. Tampoco tenía un peso en ninguno de los bolsillos de su pantalón más nuevo. Sabía que a Borges le gustaba hablar. Y eso iba a distraerlo. Eso iba a calmarlo.

–Buen día, pibe. Parece que llegó demasiado temprano para la misa.

El viejo cerró el cuaderno en el que estaba escribiendo y lo saludó. Aunque no se detuvo ahí, por supuesto que no. Dios, dijo. La iglesia, dijo. Y enseguida agregó que era sabido que las luciérnagas, esos bichos negros que se floreaban con su sombrero rojo y echaban luz por el culo, tenían a las lámparas de las calles como dioses; que lo curioso del asunto era que, al mismo tiempo, las lámparas que colgaban desde el techo de las calles reconocían como dioses a las estrellas, esas luciérnagas enormes que al habitar tan lejos en la noche, solo dejaban ver sus totós iluminados. No tengo idea de en qué carajo creen las estrellas, imposible conjeturarlo, me quedan muy a trasmano del quiosco. Pero, paradojas aparte, concluyó el viejo, lo cierto es que ni las luciérnagas ni las lámparas ni las estrellas del cielo han necesitado edificar iglesias, les alcanza y les sobra con la fe en sus dioses.

El Braian lo escuchó atentamente.

Aunque creyó entender nada de aquello que le había dicho el quiosquero.

De cualquier manera, juró para sus adentros que, durante algún probable silencio tenso y futuro de la banda, nunca se le iba a ocurrir hablar de la palabra *feliz* ni contar lo que el tipo acababa de contarle. Jamás de los jamases.

La Colo pasó sin verlo y tocó a la puerta que había a uno de los lados de la iglesia. De inmediato, la puerta se abrió y ella desapareció dentro. Aunque todavía faltaba un buen rato para la misa, el Braian se despidió del viejo y fue a pararse un poco más cerca de la Una, en el exacto lugar en donde había esperado antes.

Enseguida llegó el Siete.

–Braian.

Lo saludó.

–Olvidate de mi nombre, Siete. Soy el Dos.

–Eso habrá que verlo.

Aunque, por suerte, no pudieron adentrarse en la discusión del asunto de los números que tenían asignados cada uno de ellos. Lo único que pudieron hacer fue asistir a la llegada en manada del resto de los polacos. Y muy a pesar de que acababa de prometerse que nunca jamás llenaría los silencios de la banda, molesto por el mutismo que había nacido desde el arribo del resto de los polacos, el Braian les

pidió a los recién llegados que repitieran su numeración, les dijo que todos sabían quién era la Una, que eso era fácil, que él era el Dos, pero que no tenía en claro el número de los demás, solo el del Siete, que necesitaba memorizar los números de cada uno de ellos.

–Tres.

–Cuatro.

–Cinco.

–Seis.

En eso apareció la Yesi. Y apenas con un gesto de sus cejas rojísimas, les ordenó que la siguieran. Entraron a la capilla. Todavía no había nadie dentro, solo ellos. Entonces, a un costado, junto a un crucifijo gigante colgado de la pared, la Polaca les indicó dónde era que iban a ubicarse. También les pidió que, cuando comenzara la misa, hicieran lo mismo que la vieran hacer a ella, exactamente lo mismo, que ninguno se distrajera o se hiciera el boludo, que tenían que convencer al cura de que eran buenos católicos; que al terminar la misa el cura quería conocerlos, que se comportaran, que si el cura les pedía que dijeran sus nombres, inventaran uno cualquiera, que nunca dijeran el nombre verdadero y que sí, que no podía negarlo, que la misa era un aburrimiento total, pero que cambiar el mundo les iba a exigir de algunos esfuerzos.

La siguieron.

Y se ubicaron en las dos primeras filas de bancos.

Alguna poca gente comenzó a llegar y a ubicarse en los bancos que quedaban por detrás de ellos. Hasta que, de repente, vieron aparecer al cura medio disfrazado en blancos y morados por una puerta pequeña que estaba a uno de los lados, detrás del altar, una puerta en la que ninguno había reparado.

Los polacos se comportaron. Se sentaron o se pusieron de pie o se arrodillaron cada vez que la Colo lo hacía. Solo hubo un par de momentos tensos. Cuando tuvieron que tomarse de las manos y el Siete desplazó al Seis con un empujón para tomar la de la Yesi. También cuando se amontonaron en fila india detrás de ella para comulgar. Ahí, por más que el Siete lo intentó, el Dos supo interponerse y convertirse en el polaco más cercano a la cola de la Una.

Después.

La interminable misa por suerte terminó.

El cura desapareció por la misma puerta por la que había ingresado. La Colo les pidió que por favor se quedaran ahí. Y, al rato, el cura volvió a salir ya vestido de ser humano y se acercó a saludarlos.

–Hola, chicos.

–Aquí nos tiene, padre Pablo.

La que respondió, obviamente, fue la Yesi. Los demás hicieron lo

que pudieron: algunos sonrieron y otros miraron para cualquier lado. Solo el Dos se animó a tirar algo parecido a un saludo.

–Sentémonos y me cuentan.

Pidió el cura.

Por supuesto, la que tomó la palabra fue la Polaca. Los otros no tenían idea de por qué cuernos habían asistido a la misa ni, mucho menos, por qué ahora estaban sentados en medio de la capilla conversando con el padre Pablo.

La Colo no se intimidó.

Segura de lo que hacía, le contó al cura que este era el grupo de pibes católicos del que le había hablado, pibes que querían ayudar al prójimo, que tantas eran las ganas que tenían de trabajar por sus semejantes, que hasta se habían animado a ponerse un nombre, que de ahora en adelante iban a ser conocidos en la villa como los Wojtyla; que aunque también amaban al Papa argentino, amaban todavía un poco más al Papa ya muerto; que por eso, que siempre habían ayudado con el cura anterior, que cuando lo cambiaron y apareció usted.

–Tuteame, por favor.

–De acuerdo.

La Colo era imparable, ahora, ya tuteándolo, le explicaba que habían dejado de ir a la iglesia cuando trasladaron al padre Roberto y había llegado él; que se habían sentido traicionados, que querían mucho al padre Roberto, que sintieron que lo habían hecho en contra de ellos y en contra de la tarea solidaria que estaban realizando.

El Dos no podía creer lo que estaba escuchando.

Los demás tampoco.

Salvo el Cinco, los demás no habían entrado en la iglesia en sus vidas, lo más cerca que habían estado era en el quiosco del viejo Borges. No podían creer lo que escuchaban y tenían algún temor de que el padre Pablo les preguntara sobre el supuesto cura anterior o sobre cualquier otro asunto, por ejemplo, alguna de las tareas solidarias que habían realizado. Aunque, al mismo tiempo, los polacos cada vez admiraban un poco más los ovarios de la Colo: no se achicaba ante nadie.

Evidentemente, la Yesi sabía lo que hacía.

Primero se había asegurado de que el curita sintiera una profunda culpa por el traslado del cura anterior, una cuestión en la que, desde luego, el tipo no había tenido nada que ver. Y ahora, ya empezaba a involucrarlo en la necesidad de que el obispo los recibiera, le contaba que el padre Roberto estaba a punto de conseguirlo cuando lo habían trasladado, que ellos necesitaban ver al obispo, que necesitaban contarle los pormenores de sus planes.

El curita estaba subyugado por la Colo.

Tanto o más que ellos.

Tanto que ya no abría la boca, solo la miraba embelesado. La Yesi, perfectamente consciente de la situación, se tomó un descanso. Después se puso de pie, meneó en silencio todo su cuerpazo desde el centro de la capilla y, al cabo de unos segundos, se acercó hasta el cura lo suficiente como para que incluso el tipo también pudiese olerla tan mujer y concluyó con su discurso:

–El grupo Wojtyla lo necesita, padre. Para ayudar, siempre se necesita de la ayuda de los demás.

Los polacos se despidieron del cura en silencio. Bajando apenas la cabeza o dibujando una media sonrisa. La única que se atrevió a abrazar al padre Pablo y hasta darle un rápido besito en la mejilla fue la Colo.

Una aprovechadora, la Colo.

El pobre cura, a esa altura, ya estaba muerto con la perrita.

Los Wojtyla siguieron a la Una sin chistar. Mudos, completamente mudos, la persiguieron a través de los pasillos y callejones de la villa. La persiguieron hasta el mismo lugar de la plaza en donde se habían reunido el día anterior. La Colo se sentó y los demás polacos se sentaron a su alrededor. Bien cerquita. Todos menos el Siete.

–¿Y a vos qué te pasa?

–No quiero ensuciarme, me puse la mejor ropa que tengo.

–Vas a ensuciarte, Siete. Si te quedás en el grupo, vas a ensuciarte. Y no solo la ropa.

Después de una breve escaramuza con el Dos, el Siete consiguió acomodarse en el lugar preferencial junto a la piba. Y volvió el silencio. Tanto que el Braian, consciente de haber perdido la batalla con el Siete, no soportó la situación y, aunque se había prometido que nunca lo haría, necesitó recuperar algún protagonismo y contarles a los demás lo que el viejo Borges le había dicho esa mañana acerca de las luciérnagas y las lámparas de las calles y las estrellas.

Los polacos se quejaron.

No tenían ninguna gana de escuchar las tonterías que se le ocurrían al quiosquero.

Solo querían escuchar a la Yesi.

Y lo expresaron a viva voz. Incluso el Siete amagó con cagar a trompadas al Braian. Recién ahí, cuando la cosa se desmadraba, fue que intervino la Una. No estiró los brazos para separarlos. Tampoco necesitó de ningún grito. Le alcanzó con una carcajada.

La carcajada colorada los devolvió de inmediato al silencio.

Entonces la piba aprovechó y, sin dejar de reír, les dijo que ese viejo era un sabio.

–No jodas.

Se animó el Siete.

–No jodo. Les pedí que hicieran un esfuerzo por entender lo que nos dicen los demás, que para cambiar el mundo, antes había que entender cómo funcionaba. La luciérnaga echa luz por el culo, le dijo el quiosquero a Dos esta mañana. Yo soy la luciérnaga, muchachos. Y esa luz, mi luz, la luz de mi totó, será la llave que nos permitirá abrir las puertas del mundo que queremos cambiar.

Mi cola será la luz, repite la Colo en medio de la ronda polaca, la llave que nos abrirá las puertas del mundo. Ya nos abrió las de la capilla, veremos si esa luz alcanza para abrir los gruesos portones de la catedral.

–A los curas no les interesan los cuerpos. Dios no los deja.

El Cinco, después de dudar unos segundos, se animó a expresar en voz alta casi todo lo que sabía de los curas.

A la Yesi le vinieron unas ganas tremendas de volver a lanzar su carcajada colorada. Pero se las aguantó. No quería dejar mal parado al Cinco. Era la primera vez que el chabón se animaba a abrir la boca, tenía que cuidarlo de la burla de los demás. Se tragó la risa y le explicó que eso no era tan así, que a los curas les gustaban los cuerpos tanto como a los que no eran curas, que a algunos les gustaban los cuerpos de las mujeres, que a otros los cuerpos de los hombres y que, también, a casi todos ellos, o mejor a todos, los cuerpos jóvenes; que por suerte, además de su culo, el grupo Wojtyla tenía seis culos jóvenes y varoniles más para ofrecerle a la iglesia; si pinta, en el futuro, espero que cada uno de ustedes sepa iluminar el suyo.

La Yesi dijo lo que dijo.

Y, de inmediato, aprovechó para largar la carcajada que guardaba escondida desde el momento en que el Cinco había abierto la boca. Por supuesto, los demás la acompañaron con sus risas.

Las risas se extendieron. La Polaca los dejó hacer. Era mejor así. Necesitaba de algún tiempo para explicarles algo del pasado y algo del futuro. Algo. No todo, por supuesto. Aquello que ella suponía serían los mayores interrogantes de los miembros de la banda. Debía, también, enseñarles algunas cuestiones, había asuntos en los que no podrían fallar.

–Chicos.

Dijo.

Y a continuación se tomó unos cuantos segundos para esperar a que terminaran los últimos ecos de sus risas.

Recién cuando el silencio fue total, les avisó que por ahí iba a ser larguera, que le disculparan el aburrimiento, que no había manera de que no fuera larguera, que tenía demasiadas cuestiones que comentarles, que estuvieran atentos, que no quería volver a repetir nada de lo que dijera, que ella no era de esas personas que se la pasan hablando, que no, que todo lo contrario.

El Siete estaba incómodo.

No por lo que escuchaba, para nada, le encantaba que esa boca tan roja se abriera y se cerrara a menos de un metro de la suya; estaba molesto por haber quedado tan cerca del Dos. Si hasta lo rozaba cuando movía la rodilla izquierda.

–¿Te podés correr un poco?

–¿Y si te corrés vos que te sentaste después?

Ambos se trenzaron y empezaron a dar vueltas. Los demás tuvieron que pararse. El Tres y el Cuatro trataron de separarlos. Pero no pudieron. Era imposible. Estaban agarrados de los pelos, se mordían, tiraban piñas al aire. La única que no se había movido era la Colo. Apenas si miraba la escena de reojo. Claro que, en una de esas vueltas, los chabones terminaron golpeando contra ella. Y ahí se terminó la pelea. La Yesi no gritó por el golpe, ni siquiera se quejó, alcanzó con el brillo punzante de su mirada para que los pibes se separaran y se arrepintieran en ese mismo instante de lo que habían hecho.

Los Wojtyla volvieron a sus lugares.

Con una única salvedad.

Tanto el Dos como el Siete quedaron esta vez bastante lejos de la Polaca. Los demás aprovecharon esos segundos que ambos perdieron en levantarse del piso y componer sus ropas para asegurarse una posición bien cerquita de la piba.

La Colo tampoco perdió el tiempo, se apuró a contarles que conocía bastante de la iglesia y de las misas, que de nena una de sus tías la llevaba todos los domingos, que por eso sabía cuándo pararse o cuándo arrodillarse; que después no había vuelto, que había escuchado lo del cambio del cura por esa misma tía; que la tía estaba muy enojada, que se llevaba muy bien con el padre Roberto, el cura que habían trasladado, que había jurado que jamás volvería a pisar la capilla, que ella se había enterado de eso el lunes pasado y que ahí se le ocurrió avisarles y poner en práctica el plan que había diseñado durante semanas, que la oportunidad era única, que.

–¿Por fin vas a contarnos el plan?

Por supuesto, el que cortó el rollo fue el Siete.

–No voy a contarles el plan, Siete. Ya se los dije antes, es mejor que no lo conozcan y no quiero repetir todos los días lo mismo. Solo voy a

ir adelantándoles el inmediato paso siguiente.

El Siete se llamó a silencio.

Comprendió que la chabona ya estaba un poco harta de él, que de esa forma no conquistaría a nadie, ni a ella ni a los demás, y que de continuar por ese camino, en cualquier momento iba a echarlo del grupo, iba a mandarlo a la mierda.

–Tenemos que llegar hasta el obispo. En la catedral es donde está la guita. Voy a ir todas las tardes a la misa para hincharle las bolas al padre Pablo. Voy a ir hasta conseguirlo, los que quieran acompañarme están invitados. Pero no es obligatorio, es obvio que la luz de la cola que le interesa al curita es la mía.

El Cinco volvió a hablar:

–Te acompaño. Algo sé de las misas. Yo también, de pibe, iba a misa con la abuela Marta.

SIETE

El Siete no iba a permitir que el Cinco se encontrara a solas con la Colo. No. De ninguna manera. Aunque no había avisado que iría, a las seis y media estuvo en la puerta de la capilla. Pero no se quedó esperando ahí parado como un boludo, fue directo hacia el quiosco de Borges. También, si se daba, quería aprovechar la oportunidad para sacarle algún cuento al viejo, algo que, después, pudiera usar en alguna futura reunión de la banda como hacía el Dos.

–Hola.

–Buenas tardes, Alan. Acabo de escribir en mi cuaderno que venías para acá.

Alan, el Siete, no entendió.

Ni lo del cuaderno ni lo de que ese viejo supiera su nombre. Como lo del cuaderno le resultaba por demás difícil, solo se animó a preguntarle cómo era que sabía su nombre, que todos en la villa le decían el Polaco, que ni siquiera sus hermanos se acordaban de cómo se llamaba.

–Lo escribí.

–¿Y también escribió que yo venía para acá?

–También. Aunque antes de eso hubo alguien más que escribió que yo iba a escribir lo que escribí.

–No entiendo.

–Así de incomprensible son las escrituras de la vida, Alan. Pero no te preocupes, pibe, no es para tanto.

El Siete no quiso escuchar más. Ese viejo estaba completamente loco y lo mejor, con los locos, era dejarlos solos. Así había escuchado que se decía. Entonces fue a pararse a un costado de la puerta de la iglesia. A esperar por la llegada de la Colo.

Pero la Colo no llegó.

Nunca llegó.

El único que llegó fue el Cinco. Y la misa ya estaba por comenzar. Alan no tenía ninguna gana de entrar, para qué si la Yesi no venía. El Cinco le informó que él iba a entrar igual, que al cura le iba a gustar ver a alguno de los polacos en la misa, que eso iba a ayudar a los planes.

–¿De qué planes me hablás?

–De los planes de Una.

–Pero si no tenemos ni idea de lo que quiere hacer esa mina.

–Hay que confiar en ella, Siete.

La confianza mata a los hombres, pensó el Siete. Sin embargo, no lo dijo. Prefirió entrar a la misa junto al Cinco. No confiaba en nada, aun cuando tenía alguna esperanza de que la Yesi llegara en algún momento, seguramente se le había hecho tarde y, si eso ocurría, le iba a caer bien verlo a él ahí arrodillado.

El Siete se portó bien. Imitó todo lo que hacía el Cinco como este le había pedido. También miró insistentemente hacia atrás esperando que por fin la puerta se abriera y ella entrara. Pero nada. La Colo no llegó. Jamás llegó. Solo estaban ellos y un par de señoras, bien al fondo, que ni siquiera se acercaron a comulgar.

Un aburrimiento total.

Por eso, apenas el cura desapareció por la puerta del costado, Alan salió disparado de la iglesia. No sirvió de nada que el Cinco le pidiera que se quedara, que por favor, que al cura le iba a gustar que lo esperaran, que pensara en los planes de la Una, que etcéteras y etcéteras.

El Siete huyó.

Y el Cinco quedó ahí, solo, de pie en medio de la capilla.

CINCO

La tarde siguiente, el primero en arribar a la puerta de la iglesia fue el Cinco. Apenas unos minutos antes de que el Dos y la Colo lo hicieran. Faltaba todavía un buen rato para el comienzo de la misa. La piba se disculpó por la ausencia del día anterior, les explicó que había tenido que quedarse en el trabajo, que la compañera que hacía el turno que seguía al de ella se había indispuesto y la había tenido que reemplazar; que aunque no debían llevar los teléfonos cuando se encontraban, era necesario tener los números de todos, que resultaba importante ante algún contratiempo o ante la necesidad de una reunión urgente.

El Dos se ofreció a ir hasta el quiosco para pedirle prestado al viejo Borges una hoja y una lapicera.

Fue.

Y volvió enseguida.

Con una hoja de cuaderno en la que estaban escritos los números telefónicos de cada uno de los siete integrantes de la banda Wojtyla. No necesitó pedirle nada. El viejo Borges la tenía preparada, numerada en perfecto orden desde la Una al Siete, y se la entregó apenas el pibe se acercó hasta la ventana del quiosco.

El Dos no dijo nada al respecto.

No quiso interrumpir.

Justo en ese momento, el Cinco estaba empezando a contarle a la Yesi, con lujo de detalles, lo que había ocurrido el día anterior en la misa. O, más precisamente, con el padre Pablo un rato después de la misa. Decía que el cura lo había invitado a la casita parroquial que quedaba al lado de la capilla a tomar una birra, que él había aceptado, que le había parecido que tenía que hacerlo por el bien de los planes de la banda, pero que las birras habían sido bastante más de una, que el tipo era un zafado, que se había puesto pesado, muy pesado, que le había insistido, una y otra vez, para que se bajara la bragueta y le mostrara la pija.

–¿Qué hiciste?

El Dos no podía creer lo que escuchaba.

–Nada. No le mostré nada. Apenas si me bajé un poco el cierre y le prometí que si quería ver más, eso sería recién después de que nos consiguiera la reunión con el obispo.

La carcajada de la Colo se escuchó hasta en la ciudad.

No podía parar de reírse.

Ni siquiera escuchaba los reclamos que le hacían los chicos: que la cortara, que no era para reírse, que el asunto era muy serio, que el cura era un zarpado, que ya estaba bien. Al fin, cuando pudo calmarse, la piba abrazó al Cinco y, casi en un susurro, reconoció que había estado equivocada, que la luciérnaga que le interesaba al padre Pablo no era ella, que la luz del culo que le importaba al tipo era la del Cinco o, por ahí, la luz del culo de cualquiera.

Susurró lo que susurró.

Y enseguida volvió a largar otra interminable carcajada roja.

Entraron a la misa. Se pararon, se arrodillaron, se sentaron, se tomaron de las manos, comulgaron. El aburrimiento se les hizo interminable. Pero, bueno, las ganas de ver lo que pasaba después eran más fuertes.

Y el después llegó.

Esperaron y la espera dio sus frutos.

El padre Pablo volvió ya vestido de civil. Con una sonrisa de oreja a oreja y casi sin mirar al Cinco, les avisó que el obispo los recibiría el próximo sábado, que un rato antes de la misa de las siete de la tarde debían presentarse en la catedral, que él con gusto iba a acompañarlos, aunque, claro, después tenía que volver rápido para oficiar la misa de las ocho en la capilla, que si ellos preferían quedarse en la catedral estaba todo bien, que no les iba a poner falta.

Por supuesto, también los invitó a birras en la casa parroquial.

Pero no aceptaron.

La Colo inventó que no podían, que se iban corriendo a hacerle de cenar a una señora muy viejita que vivía sola, que el chico del grupo que lo hacía todos los días esa noche no podía, que los disculpara, que lo lamentaban mucho, que tendría que ser en otra oportunidad.

–Ya está.

Habían caminado mecánicamente, sin decirse una palabra, hasta cerca del fresno de la placita. Y, apenas sentarse, la Yesi les había dicho que ya estaba. Ahora agregaba, entre imparables risas de agradecimiento hacia el Cinco, que a veces bajarse un poco el cierre de la bragueta abría más puertas que el mejor de los discursos y que había que hacer de manera urgente una reunión con toda la banda, que ahora sí correspondía que les adelantara algo más del plan que había diseñado, que mañana mismo si fuera posible.

–Es posible. Acá tengo la lista de teléfonos.

–Dame, yo me encargo.

El Dos le pasó la hoja a la Una. No se animó a contarle que la lista, así de completa como estaba, se la había dado Borges. No se animó y ahora, que caminaba solo de vuelta hacia su casa, no dejaba de pensar que tendría que habérselo dicho, que resultaba muy extraño que el viejo la tuviese preparada cuando él solo había ido a pedirle un papel y una lapicera.

Entró a su casa.

Buscó el teléfono de la Colo para contarle.

Pero ya tenía un mensaje de ella.

Mañana, a las siete de la tarde, reunión urgente en donde siempre.

No le contó nada acerca de cómo había conseguido la lista. Para qué. Lo haría mañana en la reunión. O lo haría nunca. No importaba.

UNA

El fresno fue el único testigo de la llegada puntual de los polacos. No se sorprendió. El árbol ya empezaba a encariñarse con el grupo. A sentirse un integrante más de la banda, a no sentirse tan solo. Los vio acomodarse alrededor de la Yesi. Esta vez sin empujarse o pelearse por las mejores ubicaciones, los lados de la piba. Soplaba algo de viento: una brisa que justo venía desde la ronda de muchachos hacia él. Y eso le gustó. Iba a poder escuchar sin problemas lo que conversaran y encima la tenía a ella de frente, podía verle los ojos grises y hasta contarle, una por una, las pecas de su cara.

–Vamos bien. Mejor y mucho más rápido de lo que esperaba. Por eso la reunión.

La Colo estaba radiante. Se le notaba. Sobre todo se le notaba en la forma que había mirado a cada uno de los polacos mientras decía lo que decía. Pero no se detuvo ahí, claro. Hizo un recreo mínimo y enseguida les avisó que ahora comenzaría lo más difícil, lo más duro, llevar a cabo el plan sin que nadie sospechara de que tenían un plan. Les repitió que no podía ir más lejos que informarles del paso siguiente; que entendieran, que mejor así, que era por el bien de todos, que el paso siguiente sería encontrarse con el obispo; aunque había algo anterior a ese encuentro, agregó, algo bastante más complicado: cada miembro del grupo debería convencer y anotar a seis o siete familias que estuvieran dispuestas a recibir ayuda, alimentos o lo que fuera que consiguieran en la catedral a cambio de un futuro favor.

–No parece tan complicado.

Alan abrió la boca y de inmediato se arrepintió. Se había propuesto no volver a incomodar a la Yesi. Comportarse. Le había ido muy mal llevándole la contraria. Sin embargo, parecía que era más fuerte su necesidad de discutirle, que la roña le salía desde las profundidades de su ser, desde algún diablo que lo habitaba bien adentro, que su boca se negaba a hacer el menor caso de lo que resolvía su cabeza.

–No parece, pero lo es.

La Yesi no se enojó. Incluso, su respuesta escondía algo de la vergüenza. En realidad, en esta oportunidad el Siete tenía toda la razón, formulada como la había formulado, la tarea de encontrar familias necesitadas en la villa no daba la impresión de ofrecer ninguna complicación. Por eso, se apuró a aclararles los requisitos que deberían cumplir las familias que iban a recibir la ayuda.

–No vamos a ayudar a los que más lo necesitan. Por eso la

dificultad. Vamos a ayudar a las familias que necesitamos nosotros.

Lo intentó.

Pero no le salió.

Le salió lo que le salió. Y entonces el resto de los Wojtyla miraron hacia el piso o hacia el fresno. Tampoco ahora habían comprendido lo que la Una había querido decirles. Cada vez entendían menos y no se animaban a cruzarse con la mirada de ella y que sus respectivas incomprensiones los delataran. Eran varones. De ninguna manera podían aceptar que la Polaca les descubriera esas caras.

–Perdón, perdón.

Se corrigió la Colo.

–A ver si me sale ahora.

Tomó un trago de agua de la botella plástica que había traído por si las cosas se ponían turbias y tenía que hablar de más. Y, evidentemente, las cosas se habían puesto un poco turbias. Les pidió que por favor la escucharan con atención, que iba a tratar de ser lo más clara y concisa posible; que las familias elegidas para la ayuda no serían las más pobres, serían las familias que necesitaba la banda para el porvenir del plan, que por esa razón había que andarse con calma, que tampoco resultaba imprescindible tener el listado completo de las seis o siete familias que les correspondían anotar a cada uno de ellos en dos o tres días, que se tomaran su tiempo, que se anduvieran tranquilos, que en la elección había un par de requisitos fundamentales: además de aceptar ser ayudadas a cambio de un futuro favor, las casas que habitaban esas familias debían tener un baño; que quedaban excluidas de la búsqueda todas aquellas familias que compartieran baño con otras familias, que el baño propio era un asunto esencial para el éxito del plan y que la otra cuestión igual de fundamental consistía en que nadie de aquellos que no resultaran elegidos debido a su carencia de un baño propio tenía que darse cuenta de que el motivo de su exclusión era ese, que por favor, que se las ingeniaran para averiguar lo del baño sin hacerlo explícito en ningún momento, que si las familias se daban cuenta iban a sospechar, lo iban a comentar por ahí y eso podría ser fatal para el futuro éxito del plan.

La Yesi tomó otro trago de agua. Lo necesitaba. Había hablado montón y todavía no estaba segura de haber sido lo suficientemente clara.

–Lo del baño propio va a dejar a media villa afuera.

Esta vez no fue el Siete quien habló. Fue el Cinco. Aunque el diablo interior del Siete no pudo con su genio y se apuró a agregar que por lo menos a media villa y que no entendía para qué era tan fundamental

semejante requisito.

La Colo se tomó algún tiempo para responder.

Tomó otro trago de agua mientras aprovechaba para mirar de reojo las caras de los que no habían abierto la boca. Se parecían. No habían hablado, pero, de haberlo hecho, habrían dicho más o menos lo mismo. La situación planteaba una disyuntiva crucial: adelantarles buena parte del plan o animarse a poner en riesgo su liderazgo.

Guardó la botella en su mochila.

Se puso de pie.

Y desde las alturas repitió que la idea no era ayudar a los más pobres, que de ninguna manera, la idea era ayudar a las familias que los Wojtyla necesitaban para cambiar el mundo, que lamentablemente no podía entrar en detalles, que era por el bien del grupo, pero que, lo comprendía perfectamente, aquellos que no estaban de acuerdo con su silencio podían renunciar; que podían levantarse y marcharse ya mismo, aunque, eso sí, antes deberían comprometerse a no decir una sola palabra a nadie acerca de la existencia del grupo.

Ninguno se levantó.

Ni siquiera el diablo interior del Alan se animó a abrirle la boca.

Nadie se movió de su sitio ni puso el menor reparo. Entonces, otra vez segura de su liderazgo, la Yesi se animó a dar las últimas órdenes: que mañana era jueves, que necesitaba que alguien fuera a la misa de la capilla, alguien que no fuera el Cinco, que ella no podía, que no iba a llegar, que tenía que trabajar otra vez hasta tarde. Enseguida, el Tres se ofreció y el resto aceptó aliviado.

–El viernes voy yo y los que quieran acompañarme. Hay que ir. No queda otra. Tenemos que arreglar con el cura la visita al obispo.

Antes de retirarse, la Colo les pidió a los que no fueran a la misa del viernes que por favor se acercaran después hasta la placita, que no faltaran, que era importante, que no podían cometer errores, que había que acordar los detalles de la caravana hacia la catedral.

JONATHAN

Jonathan, el Tres, también conocido como el Yoni, llegó a la capilla ese jueves con la misa recién comenzada. Corriendo, llegó. No tuvo ningún tiempo para mirar siquiera hacia el quiosco. El viejo Borges tenía algo para avisarle. Pero se lo perdió, el muy retrasado.

Un fracaso de misa.

No había nadie más que él dentro de la iglesia.

El padre Pablo, en vista de la escasez de clientela, apuró la cosa. Se saltó algunas partes del oficio que a su juicio eran poco significativas y aprovechó la cercanía de la comunión para pedirle al Tres, al Yoni, que se quedara, que por favor no se fuera, que terminaba la misa en dos minutos, que apenas terminar lo invitaba con unas birras en la casa parroquial.

El Jonathan se quedaría. Por supuesto que se quedaría. No tanto porque creyera que su decisión pudiese ayudar en algo al futuro éxito de los desconocidos planes de la Una, sino porque la cerveza lo podía. Siempre lo había podido. No tenía voluntad para negarse a una fresca. Y el padre Pablo tampoco parecía un tipo jodido, le caía bien.

–La paz sea con vosotros.

Finalizó el cura mecánicamente. Sin pensar en lo que repetía. Allí no había ningún vosotros, solo estaba el Yoni. Tampoco se fue por la puerta para cambiarse las ropas y después volver a buscarlo: dijo vosotros y de inmediato le avisó que lo siguiera revoleando su brazo derecho de atrás hacia delante.

El Tres lo siguió.

Entraron.

Enseguida el cura le señaló la heladera, le pidió que la abriera y sacara dos cervezas. Jonathan la abrió. Estaba repleta de birras. Es más, era casi lo único que había dentro y el destapador quedaba fácil, colgaba de un hilo desde la manija de la puerta. Las destapó y le alcanzó la suya al cura.

–Gracias, pibe. ¿Me ayudás a sacarme los hábitos? Son incómodos, además de calurosos. No sé por qué todavía nos hacen poner estas ropas, son de otra época.

–Es un mal hábito.

Recordó en voz alta el Yoni aquello que le repetía una y otra vez la tía Carmen acerca de su pasión cervecera y de inmediato largó la risa. No podía detener la risa mientras se las ingeniaba para desabotonar las ropas del cura.

El padre Pablo también se reía sin dejar de acariciarle la nuca, las orejas y la parte posterior del cuello.

–Sos muy hermoso. Sentémonos y tomemos todas las cervezas que podamos, no hay como los malos hábitos.

Entre risas, se sentaron uno enfrente del otro. La mesa estaba tan cerca de la heladera que el padre Pablo no necesitaba levantarse para ir sacando de a pares y el hilo del que colgaba el destapador alcanzaba justo para que las pudiese destapar sin ningún esfuerzo. La charla giraba alrededor del improbable catolicismo del Jonathan. El cura se había dado cuenta durante la misa: el chabón no tenía la menor idea de cuándo pararse o sentarse o arrodillarse. Mucho menos había podido repetir el credo. Aunque, claro, el Yoni sabía llevar la conversación. No era ningún zonzo. Le explicaba que los católicos eran los demás miembros del grupo, que él solo se había unido a ellos porque le gustaba ayudar a la gente, que le diera tiempo, que algún día se convertiría en un buen cristiano.

Las cervezas se vaciaban. Una detrás de la otra. La charla iba de acá para allá y las risas de a ratos eran carcajadas. Así las cosas, el Jonathan recién se dio cuenta de que el cura había gateado por debajo de la mesa y le había abierto el cierre de la bragueta cuando ya tenía su pija bien adentro de la boca del padre Pablo.

El tipo sabía lo que hacía.

Lo dejó.

Fue abriendo lentamente las piernas y se relajó hasta llenarle de leche la boca. El cura le gustaba y acabar nunca le había parecido un mal hábito.

CARAMELOS

El Siete fue el primero en llegar a la misa del viernes. Un par de veces, mientras se aburría de pie junto a la puerta de la capilla, pensó en cruzarse hasta el quiosco de Borges. Pero no se determinó a hacerlo. El Dos, en cambio, no lo pensó ni un segundo, ante la disyuntiva de esperar junto al Siete o esperar escuchándolo al viejo, fue directamente hacia el quiosco.

–Buenas tardes, quiero diez pesos de caramelos ácidos.

Borges tomó el billete arrugado, se dio la vuelta, sacó de un frasco cinco caramelos y se los pasó. Sin decir palabra. Justo cuando el Braian más necesitaba de sus palabras: si no había palabras, no le iba a quedar más remedio que cruzar e ir a pararse al lado del Siete.

–¿Se te ofrece algo más?

–Que me cuente algo.

El viejo puso un punto y aparte justo después de escribir el pedido del pibe y sonrió mientras cerraba el cuaderno. De inmediato, le informó que le había dado cinco caramelos para que convidara a los demás, que le alcanzarían, que no se preocupara, que el Tres no vendría a la cita y que el Siete de ninguna manera aceptaría el ofrecimiento.

Aunque, por supuesto, no se detuvo ahí.

Le explicó que quizá para él un caramelo era solo un caramelo, pero que si había un Dios, para ese Dios un caramelo era bastante más: también era el viaje en camión del caramelo hasta el quiosco, la difícil relación homosexual que mantenían el chofer del camión con su ayudante a escondidas del resto de sus compañeros, la fábrica donde lo habían hecho, las vidas de cada uno de los empleados y de los dueños de esa fábrica, el colorante, el azúcar y hasta el hombre que se había despertado al alba, hacía de esto ya un montón de semanas a cientos de kilómetros del quiosco, para cortar la caña con un machete heredado del abuelo, transpirando gotas enormes y sin poder quitar de su mente que la noche anterior Carlitos, su hijo menor, había volado de fiebre.

–¿Todo eso?

–Y más, infinitamente más. Incluso, al decir caramelo, ese primer Dios debe haber pensado en ese otro Dios, superior a él, que acababa de escucharlo nombrar la palabra *caramelo*.

–La pucha.

–Cansa ser un Dios.

Justo en ese momento, la Colo le gritó que se acercara desde la puerta de la iglesia.

Y el Braian aprovechó la invitación para huir corriendo de la incomodidad de no saber qué decir. Tan rápido huyó que no alcanzó a escuchar que el viejo Borges, apenas se produjo el grito de la piba, había agregado que también cansaba ser una diosa.

Habían arribado todos menos el Tres. Y, efectivamente, tal como le había avisado Borges, el Siete no le aceptó el caramelo.

Entraron a la iglesia.

Eran los únicos, además del cura.

Entonces, al igual que había sucedido la tarde anterior, el padre Pablo decidió apurar la misa debido al escaso público presente. Tanto apuró la misa que en lugar de sermón se animó a avisarles desde el púlpito que los esperaba mañana a las cinco en punto de la tarde, que mejor sería ir juntos a la catedral, juntos y caminando, que no era tan lejos, que así tendrían tiempo para conocerse un poco más antes de encontrarse con el obispo.

Los Wojtyla estuvieron de acuerdo.

Tácitamente de acuerdo.

De ahí que, unos segundos antes de que el padre Pablo saliera por la puerta del costado, ellos ya caminaban por los callejones de la villa rumbo a la placita.

Jonathan, el Tres, los esperaba cerca del fresno. ¿Tenía que contarles lo que había ocurrido con el padre Pablo la noche anterior? No lo sabía. De a ratos pensaba que sí, que era importante que lo supieran. Aunque enseguida se convencía de que sería mejor no contarles nada. ¿Para qué? Estaba nervioso y con algo de vergüenza: quizá lo que había hecho con el cura no era lo que la Yesi esperaba de él.

Finalmente, prefirió callar.

Una preferencia que conocía muy bien: el silencio acerca de sus gustos sexuales lo había acompañado durante toda la vida.

Los demás se sentaron a su alrededor. También en silencio. Por supuesto, el Dos no lo soportó y tuvo que llenarlo. Narró con lujo de detalles lo que le había contado Borges antes de la misa. Varios se enojaron. Incluso el Siete gritó que estaba harto de los cuentos del quiosquero, que ya estaba bien, que hablaran de lo importante, de aquello de lo que tenían que hablar: de la gira que harían mañana hasta la catedral y de las listas de las familias a las que iban a ayudar.

Los gritos se multiplicaron.

Algunos gritaban para apoyar los dichos del Siete y otros para defender el cuento que había narrado el Dos. Gritaban mientras miraban de reojo a la Yesi. Todos sabían que el griterío recién iba a terminar cuando ella lo decidiera.

Sin embargo, esta vez no fue así.

Quien terminó con el quilombo reinante fue el Jonathan. Y no necesitó alzar la voz, le alcanzó con susurrar que la noche anterior, después de la misa, el padre Pablo le había chupado la pija.

El Yoni dijo lo que dijo y no dijo más. No tenía la menor intención de abundar en los detalles de lo ocurrido con el cura. Quien aprovechó el silencio, por supuesto, fue la Colo. Confesó que estaba feliz, muy feliz, no solo porque el hecho les otorgaba una ventaja que podrían utilizar si en el futuro la necesitaban, sino porque se daba cuenta de que al menos uno de los miembros de la banda, el Tres, se había animado a interpretar lo que el mundo les decía.

–No entiendo.

Dijo entonces el Seis en representación del resto.

La Yesi acomodó por detrás de su oreja izquierda un mechón de pelo rojo que no le permitía observar del todo bien la escena y avanzó. Según ella, resultaba obvio que el Tres no estaba decidido a contarles lo que había pasado con el cura cuando llegaron, que había tenido tiempo de sobra, que habría podido hacerlo pero no lo había hecho; que recién se había determinado a contarlo después de escuchar lo que Borges le había dicho al Dos, que, si se fijaban bien, el viejo había hablado de un secreto, de una relación homosexual entre el chofer del camión que había llevado los caramelos al quiosco y su ayudante; que no era bueno que hubiese secretos, que de todos modos las cosas siempre se sabían, que los miembros de cualquier banda, incluso los miembros de una banda que distribuía caramelos en un camión, necesitaban saber la verdad, que no podían engañarse ni engañar a los demás, y que, si los secretos se escondían, aquellos que se los guardaban para sí siempre quedarían a merced de alguien superior que en algún momento los develara y los usara en su contra: por ejemplo, alguien como un cura o alguien como un obispo.

–¿Y qué hay de las vidas de cada uno de los empleados y de los dueños de la fábrica de caramelos y eso del colorante y del azúcar y lo del hombre que con un machete heredado del abuelo cortaba las cañas pensando en su hijo enfermo?

Aunque se lo proponía, el Siete no podía con su carácter pendenciero.

–Hay las familias a las que vamos a ayudar para que después nos ayuden a nosotros.

–¿Y el asunto del colorante y del azúcar y del hijo?

–No te apures, Siete, lo del colorante y lo del azúcar es lo que viene inmediatamente a continuación. Lo del hijo vendrá después, al final, te lo prometo.

La Colo les pidió los papeles con la ubicación de las casas y los apellidos de las familias que habían aceptado el ofrecimiento de ayuda. Fue sumando. Papel tras papel. Habían juntado treinta y nueve. El número no le gustó. Según sus cálculos, harían falta algunas más, por eso se le ocurrió preguntarles si habían anotado a sus propias familias. Y como respondieron que no lo habían hecho, comenzó a inscribirlos en uno cualquiera de los papeles que le habían pasado.

–Cuarenta y seis. Ahora me gusta más.

Entonces el Tres, curado ya de vergüenzas y de secretos, interrumpió a la Yesi para avisarle que por favor tachara a su familia de la lista, que no tenían un baño propio.

–También tachá la mía.

Aunque le costó una enormidad confesarlo y no argumentó el motivo, el Siete, con esa negativa, también tuvo que reconocer que su familia compartía el baño con otras.

–Cuarenta y cuatro son suficientes.

Como cada vez que necesitaba imponer su liderazgo, la Una se puso de pie. Era consciente de que no alcanzaba con su alma, que para convencer a los Wojtyla también cierta presencia de su cuerpo resultaba crucial. Eran varones y a los varones las cosas les entraban más fácil por los ojos que por los oídos.

–Voy a hablarles del colorante y del azúcar.

Les avisó.

Y enseguida les aseguró que mañana sería el segundo de los días importantes de su plan, que no eran tantos los días importantes, que cuatro o quizá cinco, que el primero ya había sucedido cuando el padre Pablo les consiguió la entrevista con el obispo, que la entrevista sería el segundo y que para ese segundo día importante quería discutir con ellos ciertas alternativas; que podían enfrentarse al obispo y pedirle la luna o hacerse los giles y esperar a que el tipo les ofreciera la luna sin que se la pidieran, solo a partir del mucho colorante y de la mucha azúcar.

–Me gusta el padre Pablo.

Dijo el Tres y el murmullo fue general. Y no se detuvo hasta que el Yoni fue más preciso y afirmó que no quería engañarlo.

La precisión del chabón los devolvió otra vez al silencio.

Solo la Colo se animó a interrumpirlo. Le aclaró al Tres y al resto que su plan consistía en cambiar el mundo, hacerlo menos injusto, hacerlo mejor; que para eso había diseñado una estrategia que incluía que el padre Pablo consiguiera que el obispo los recibiera, pero que no había ningún engaño en eso, ella misma se lo había dicho en la cara al cura el domingo pasado después de la misa, que todos habían estado presentes y que, si su plan tenía éxito, el padre Pablo iba a estar muy feliz con el nuevo mundo que se avecinaba, mucho más feliz que ahora. Después le pidió al Tres que se calmara, que nadie iba a engañar a nadie, pero que tampoco se le ocurriera contarle al padre Pablo lo que se hablaba en las reuniones de la banda, que eso sí sería un engaño, un engaño para con ellos; que se cuidara de lo que le contaba, que recordara que si había conocido al cura había sido porque antes ella lo había incluido a él dentro de una banda que iba a cambiar el mundo.

–Aunque es distinto, también me gustan ustedes. Juro que nunca voy a traicionarlos. Y en cuanto a lo de mañana, prefiero lo del colorante y lo del azúcar, el viejo Borges es un sabio.

Todos se pusieron de pie y empezaron a despedirse, fue la manera más obvia que se les ocurrió de mostrar que estaban completamente de acuerdo con la última de las preferencias que había manifestado el Yoni.

Ese sábado, la Colo llegó un rato antes de lo convenido a la puerta de la capilla. Estaba ansiosa por ver a los miembros de la banda. La confesión amorosa del Tres la había movido de su eje y en ese movimiento se había olvidado de pedirles que se vistieran correctamente, de decirles que nada de gorras o de remeras estampadas, que se trataba del obispo y se trataba de la catedral.

Lo había tenido que hacer más tarde, con un mensaje por teléfono.

Pero no era lo mismo.

¿Leerían su mensaje? ¿Le harían caso?

También estaba algo molesta consigo misma. ¿Tendría que haberle avisado al Tres que antes de hacerle un pete a él, el cura ya le había pedido al Cinco que se bajara el cierre del pantalón? Le daba lástima, el chico parecía ilusionado con la relación. En su defensa, había resuelto que ella no podía hacerse cargo de todo lo que ocurría a su alrededor. Además, tanto el Cinco como el Dos lo sabían y podrían haberle abierto los ojos. No quería culparse. Aunque, por supuesto, se prometió que apenas se le presentara una oportunidad se lo diría, no podía dejar de alertarlo, no iba a permitir que sufriera por ese tipo.

Mientras la piba pensaba en esos menesteres, irrumpió en escena el mismísimo padre Pablo en persona. La saludó con un beso y ella no perdió el tiempo. Enganchada como estaba, aprovechó la soledad del encuentro para hacerle saber, del modo más sutil que se le ocurrió, que sabía absolutamente todo lo que había pasado con el Cinco y con el Tres.

–Mucha cerveza y mucha fiesta con los chicos después de las misas.

El cura no se dejó intimidar.

Muy suelto de cuerpo, el tipo reconoció que sí, que los chicos eran muy lindos y muy simpáticos y muy divertidos. Y enseguida puntualizó, desde cierta ironía, que la lástima no eran las cervezas ni las fiestas, la verdadera lástima sería que el obispo se diera cuenta de lo poco católicos que eran los miembros del grupo Wojtyla.

La Yesi tendría que cuidarse.

El curita no era ningún salame.

Aunque, por fortuna, no tuvo que esforzarse. La tensa conversación apenas iniciada entre ambos se interrumpió en ese punto. Justo en ese preciso instante, vestidos de manera muy apropiada, sin gorras y sin estampados en sus remeras, arribó a los gritos el resto de la banda.

Comencemos la peregrinación, propuso el cura, y todos lo siguieron. El sol pegaba fuerte, hacía calor y no había árboles que los defendieran con su sombra en las cercanías, apenas, de pasada, el único fresno de la placita. El padre Pablo caminaba junto a la Yesi. No hablaban. Unos pocos pasos detrás, aunque tampoco hablaban, el viaje pintaba bien distinto: jugaban, se empujaban, se manoseaban y se reían mientras le hacían señas y burlas al Tres respecto del culo que escondía la sotana negra que se bamboleaba apenas unos metros por delante de ellos.

–Qué silencio, ¿van rezando?

Se dio la vuelta y les preguntó el cura a quemarropa.

Era obvio que no, las caras los delataban. De todas maneras, el Dos le respondió que sí, que medio pensando y medio rezando, que era un gran momento para ellos, que iban a conocer al obispo y que participarían por primera vez de una misa en la catedral, que estaban muy contentos y muy emocionados, que por eso las risas nerviosas.

–Mejor vayan ustedes delante, conocen perfectamente el camino y no me gustaría perderme de observar tanta alegría y tanta emoción.

Los dejó pasar y unirse a la Colo.

Él se quedó marchando por detrás.

Solo.

Así las cosas, los chicos se calmaron, y esa calma duró hasta que al Siete se le ocurrió decir en voz baja que se sentía una luciérnaga y entonces volvieron los empujones y las burlas y las risas.

–¿Me cuentan, así también me río?

El padre Pablo parecía enojado.

Sin embargo, no le hicieron caso. ¿Por qué deberían hacerle caso? Si tenía ganas de enojarse que se enojara, ya se le pasaría, sabían algo que podían usar en su contra frente al obispo y eso importaba bastante más que cualquier enojo.

Por suerte las últimas calles, las calles de la ciudad, estaban lo suficientemente arboladas y el sol ya no pegaba tanto. El cura se había puesto a la par de los muchachos. No quería perderse, si lo había, el motivo de la próxima risa. Desconfiaba: el Jonathan, desde alguna timidez, lo miraba de reojo cada tres o cuatro pasos.

¿Cuánto les habría contado de lo que había ocurrido entre ellos?

Estaba molesto.

Se había dejado llevar de las narices por esa endiablada colorada. La piba le había caído con seis pendejos hermosos. Todos juntos, los había traído a la iglesia. Nunca le había pasado que llegaran al mismo tiempo tantos ángeles con ganas de compartir unas cervezas con él. Era un milagro esa villa. El paraíso. Aunque, claro, a esta altura de la peregrinación ya se había convencido de que había sido un gran error conseguirles tan rápido la entrevista con el obispo. Tendría que haber

esperado un poco más. Dilatar el asunto. Guardarse esa carta. Por algo el padre Roberto no se las había conseguido. Casi no los conocía y no sabía de lo que eran capaces. Si se descuidaba, el paraíso podía llegar a convertirse fácilmente en un infierno.

Pero ya era muy tarde para lamentos.

No había manera de volver el tiempo atrás.

Se persignó. La catedral estaba ahí. Colosal. Imponente. Ahí, justo enfrente de sus enormes dudas acerca de lo que había hecho.

El curita apretó el timbre que había al lado de un portón de hierro de dos hojas. Entre sus rejas, el portón dejaba ver un enorme jardín que terminaba en uno de los paredones laterales de la catedral. Segundos más tarde, caminando lentamente apareció una mujer mayor, muy amable, quien les comunicó que el señor obispo los estaba esperando, que eran bienvenidos, que por favor pasaran.

–Buenas tardes, monseñor.

Dijeron a coro el cura y la muchachada.

El obispo les daba la espalda. Arrodillado junto a una maceta, movía la tierra con la ayuda de una pequeña pala.

–Buenas tardes. Disculpen que no me dé la vuelta, estoy mezclándole algo de abono a mi nuevo amor.

El tipo estaba completamente abstraído en su tarea, a pesar de lo cual pidió que le contaran a qué habían venido. La Yesi, entonces, se apuró a informarle que conformaban un grupo de siete chicos católicos de la villa que ayudaban a sus vecinos, que se habían bautizado Wojtyla a modo de homenaje al Papa ya fallecido, que necesitaban de su apoyo para poder ayudar más, que la gente estaba muy mal, que muchos no tenían para comer, que la ayuda de aquellos que estaban económicamente mejor era imprescindible y que esa gente que estaba económicamente mejor solía frecuentar la catedral.

El obispo pareció no haberla escuchado.

Contó que hacía un par de meses había juntado tres semillas de la enredadera que crecía a la vera de las vías del tren, al otro lado de la plaza; que las había sembrado en esa maceta sin la menor esperanza de que germinaran, que lo había intentado otras veces y nunca había tenido éxito, pero que, en esta oportunidad, la planta no solo había crecido sino que desde hacía un par de semanas no paraba de echar flores; que le encantaba su extraña manera de enredarse sobre sí misma o sobre lo que encontraba en su camino, que eso le permitía reflexionar, entre otras cosas, acerca de las infinitas similitudes que tenían las plantas con los seres humanos, que Dios era inmensamente sabio y había pensado en cada una de sus criaturas a la hora de crearlas.

–Campanilla morada, creo que se llama.

Terminó su largo monólogo, todavía de rodillas y de espaldas, el obispo.

–Además de campanilla morada, monseñor, también se la conoce vulgarmente como yedra morada y en otros países como Don Diego de día. Aunque su nombre científico es *Ipomea purpurea* y es originaria de Centroamérica. Una planta que necesita de mucho sol y de mucha agua durante la primavera y el verano debido a que sus tallos son extremadamente delgados y frágiles.

La que dijo eso, de un tirón, fue la Colo.

Todos se quedaron mirándola, mudos.

Hasta el obispo se levantó con algún esfuerzo y fue directamente a encararla. Le preguntó cómo se llamaba, la Colo mintió que Carla, enseguida le preguntó que cómo era que sabía tanto de plantas, la Yesi le explicó que a su abuela le encantaban y que, cada tanto, le pedía que le averiguara de ellas en internet; que por eso y porque a ella también le encantaban, que de ella había heredado el cariño por las plantas, la mano verde, como repetía su abuela.

–Entonces, querida, seguramente vas a poder sacarme de una duda. Al costado de las vías, las flores son bastante más grandes y se abren con el sol. Acá no. Acá son más pequeñas y se cierran cuando les da el sol.

–Monseñor, no lo sé a ciencia cierta, pero, si usted me lo permite, me animo a una respuesta.

–Le permito, señorita. Por supuesto que se lo permito.

–Al igual que los seres humanos o los animales, las plantas no funcionan siempre de la misma manera. Depende mucho de dónde nos toque a nosotros y a ellos o a ellas habitar. La *ipomea* es una planta salvaje y a nadie salvaje le gusta vivir encerrado. En una maceta, en un zoológico o en una villa. Yo que usted probaría de pasarla a tierra, seguro va a ser más feliz y, si es más feliz, sus flores serán gigantes y se abrirán apenas les dé el sol.

–Muy bien, querida. Gracias por el dato. Fue un gusto conocerlos y conocerte. Sobre todo conocerte. Sos un encanto. Aunque ahora debo ir a cambiarme, se me hizo muy tarde. Los veo dentro de un rato en la misa.

EL SERMÓN DE LA MACETA

Los chicos dejaron el jardín, el padre Pablo aprovechó para informarles que él también debía irse, que si no se apuraba no llegaría a dar la misa de las ocho en la capilla, que por favor se portaran bien, que no hicieran tonterías.

Los Wojtyla cruzaron a la plaza que se extendía frente a la catedral.

Estaban apesadumbrados.

O derrotados, mejor.

El obispo no los había escuchado, solo parecía estar interesado en su nueva enredadera. El Siete proponía que se fueran, que volvieran a la villa, que había sido al pedo ir, que para qué quedarse a la misa, que ya estaba bien de aburrimiento y de conseguir nada. El Dos y la Yesi, en cambio, no estaban para nada de acuerdo, repetían que habían llegado hasta ahí, que no podían abandonar ante el primer contratiempo.

–Quedémonos. Para ganar una guerra, antes siempre habrá algunas batallas que se pierdan.

Aseguró el Cuatro.

Y todos se quedaron mirándolo. Perplejos. No había pronunciado una sola palabra en todos esos días. Casi no le conocían la voz. Sin embargo, dijo lo que dijo con tanta firmeza y con tanta seguridad que eso alcanzó para que no se hablara más del asunto. En silencio, uno detrás del otro, cruzaron y se metieron dentro de la catedral.

Se ubicaron atrás. Bien al fondo. En el último banco de la derecha. La catedral estaba repleta de gente muy elegante y les pareció que esa era la mejor manera de pasar desapercibidos.

Cada uno de los miembros de la banda vagaba en su propio mundo.

Al Tres no le había gustado nada que el padre Pablo no le hubiese hecho ningún gesto o ninguna demostración personal de cariño. Lo había tratado exactamente igual que al resto. De todas maneras lo disculpaba, era un cura y eso seguramente le impedía hacer públicos sus sentimientos. El Dos, en cambio, estaba feliz. Había conseguido el mejor lugar. Al lado de la Yesi. La rozaba cuando ella se movía y hasta podía olerla. El Cuatro no podía salir de su asombro, había dicho lo que había dicho y le habían hecho caso, algo que no solía ocurrirle. El Cinco, el Seis y el Siete, con variantes, solo querían irse, no entendían lo que hacían allí. La Colo, por fin, daba vueltas y vueltas alrededor de aquello del colorante y del azúcar que había dicho el quiosquero.

Había sido muy liviana en el pedido. Demasiado. No dejaba de culparse por ello. Y se prometía que, si tenía una segunda oportunidad con el obispo, no iba a dejar pasarla por más *Ipomeas purpureas* que se le cruzaran en el camino.

–Libertad, libertad, libertad. Mucha palabra. Imposible de significar lo mismo para cada uno de los que estamos aquí reunidos. Pero. Así como para una campanilla morada la libertad consistiría en que la saquen de una maceta y la planten en tierra, así la libertad del pobre no es otra cosa que tener la heladera llena.

El que acababa de decir eso que había dicho era el obispo.

Desde el púlpito y a los gritos.

Justo después de hablar monótonamente más de quince minutos acerca de algo que a los miembros de la banda no les había interesado en lo más mínimo. La palabra campanilla los había despabilado. Habían abierto los ojos para mirarse los unos a los otros. También los oídos.

–Allá al fondo, en la última fila, a la derecha, están sentados siete chicos católicos que ayudan en la villa.

La gente se dio vuelta para observarlos y ellos, salvo un par, bajaron sus cabezas avergonzados. En esas circunstancias de cabezas gachas, escucharon que el obispo les pedía que fueran a buscar unas cestas que había sobre una mesa justo detrás de ellos y que caminaran con las cestas por entre los bancos del templo para que la gente pudiera llenárselas de caridad.

Desde el púlpito y en un tono conmovedor, casi tierno, el obispo concluyó:

–Mis queridos hermanos y hermanas, mudar la campanilla o yedra morada o *Ipomea purpurea* desde una maceta a la tierra es algo que me compete a mí, solo a mí; las heladeras llenas de la villa, en cambio, es algo que queda al alcance de vuestros solidarios corazones, solo de vuestros solidarios bolsillos.

Gracias a Dios, el Cinco había acarreado en el viaje hacia la catedral una mochila que solo contenía en su interior una botella de agua a medio vaciar. Eran tantos los billetes que los hermanos y hermanas caritativas presentes en la catedral habían depositado dentro de las cestas, que hubo que quitar la botella a fin de obtener suficiente espacio para guardarlos.

La Colo estaba feliz.

También los demás.

A todas luces, y aunque en un principio no lo parecía, la cantidad de colorante y de azúcar utilizadas durante la charla con el obispo habían sido las adecuadas.

Volvieron casi corriendo hasta las cercanías del fresno. Eufóricos. No dejaban de gritar, de hacerse bromas y de jugar a quitarle la mochila al Cinco. La Yesi era la única que no participaba de la fiesta. Intentaba apaciguarlos, aunque, claro, la tarea le resultaba del todo imposible.

Por eso.

Harta de fracasar, decidió sentarse.

No era la manera en la que acostumbraba a desplegar su autoridad sobre el grupo, sin embargo, no se le ocurrió nada mejor. Imaginó que su ejemplo podría contagiarlos, obligarlos a detener la verborragia, calmarse al menos un poco y concluir con tanto escándalo de una vez por todas.

La jugada le salió bien.

Podría haberle salido mal, pero le salió bien.

De a uno fueron cayendo rendidos en sus alrededores.

–Paso a paso, mi plan se está cumpliendo. Incluso debo reconocer que bastante más rápido de lo que imaginaba.

Avisó la Una cuando todos estuvieron sentados.

Y se tomó un breve respiro antes de continuar. Bastante más rápido, repitió, por eso tendré que adelantarles cómo seguiremos ahora mismo y, por favor, escuchen con atención, a partir de hoy no podemos cometer ningún error, ninguno, un mínimo error echaría por la borda todo el plan; la mochila del Cinco está repleta de billetes, la mitad de esos billetes no los distribuiremos entre las cuarenta y cuatro familias de la lista, solo lo haremos entre las treinta y nueve iniciales, nuestras propias familias, las cinco que agregamos después cuando nos dimos cuenta de que faltaban, quedarán afuera.

–¿Por qué? A mi familia también le hacen falta esos billetes.

El Cuatro no estaba de acuerdo.

Y se animaba a decirlo en voz alta solo porque no le había ido tan mal la vez anterior en que había hablado.

–No se trata de las necesidades de las familias, se trata de nuestras propias necesidades.

La Yesi lo puso en su lugar, un lugar que para el Cuatro se parecía mucho a su acostumbrado silencio anterior y habitual.

–¿Por qué la mitad? ¿Qué haremos con la otra mitad de los billetes?

Estas últimas dos preguntas las hizo el Siete.

Por culpa de que su casa no tenía baño, le había parecido muy bien la resolución de que los miembros de la banda que sí lo tenían quedaran fuera de la repartija, aunque, al mismo tiempo, creía que algo debería tocarle, los billetes eran un montón y estaban ahí, tan cerca, apenas a unos centímetros de su mano, dentro de la mochila del Cinco.

La Yesi se dio cuenta de que las ganas de billetes no eran solo del Siete.

Si bien los demás Wojtyla callaban, resultaba obvio que pensaban lo mismo. Por eso, se apuró a adelantarles el motivo por el cual iban a entregar solo la mitad de los benditos billetes a las familias y guardar la otra mitad.

–Debemos congraciarnos con las familias de la lista. Muy pronto las vamos a necesitar. El resto del dinero lo guardaremos. Lo usaremos para una tarea futura, una tarea que llevará su tiempo y que comenzaremos el Tres y yo a partir de mañana.

No soplaba nada de viento, sin embargo, las ramas del fresno no dejaban de hamacarse. El árbol parecía haberse contagiado de la excitación general. Y aunque los pibes ya se habían sentado alrededor de la Colo y aparentemente estaban bastante más calmados, el ruido de las hojas chocándose entre sí por encima de ellos dejaba entrever que, en lo profundo, la cosa no estaba tan tranquila.

La Yesi lo entendió.

Era el momento.

Debía contarles ya mismo lo que seguía. Ser precisa y ser contundente o todo podía irse a la mierda en un santiamén: sabía perfectamente que la ausencia o la excesiva presencia de billetes nunca generaba buenas acciones en los seres humanos.

–Antes de contar la plata, de dividirla en dos mitades y enseguida subdividir una de esas mitades en treinta y nueve montones familiares, debo informarles que no podré adelantarles demasiado de lo que haremos con la otra mitad, la mitad que guardaremos, la mitad que

todavía no utilizaremos; solo se enterará de eso el Tres, él será quien llevará adelante junto conmigo una tarea fundamental, una tarea que, lamentablemente, por ahora solo la sabremos él y yo, no podré contarles de qué se trata hasta que llegue el momento de hacerlo.

–No me parece correcto.

Dijo el Siete.

–Por favor, crean en mí, no puedo adelantarles nada. Corremos el riesgo de que todo se vaya a la mierda. Les juro que ni el Tres ni yo nos quedaremos con uno solo de esos pesos.

De inmediato, las ramas del fresno dejaron de moverse. Incluso, hasta dio la impresión de que se habían torcido un poco hacia abajo, apuntando con entusiasmo hacia la hermosa boca de la piba. También los chicos se enfocaron y prometieron sin decirlo que no insistirían con sus preguntas acerca de lo que harían con esa mitad secreta del dinero.

–Solo lo sabremos el Tres y yo. Lo siento. Cometería un grave error si les contara. Tendrán que confiar en mí.

Por las dudas, repitió al cabo de unos segundos la Una y los polacos se miraron entre sí, agitaron sus cabezas y sus cuerpos, el fresno volvió a hamacar sus ramas y la luna, hasta ese momento ajena a lo que ocurría, se acercó todo lo que pudo hasta la plaza para iluminar hasta el detalle cada uno de esos gestos.

–Tranquilos, por favor. Ahora les explico.

La Yesi se puso de pie. Imaginó que esa posición la ayudaría a convencer a la tropa. Y no dio más vueltas, les advirtió que lo que estaba a punto de comenzar era un tiempo de acciones muy delicadas, acciones que involucraban a mucha gente, demasiadas personas que no tenían que sospechar que formaban involuntariamente parte de un plan que iba a cambiar el mundo; que así como habían encontrado familias con baños en sus casas dispuestas a recibir ayuda, ahora ella y el Tres, solo ellos, iban a encontrar al resto de la gente que necesitaban para el éxito del plan.

De inmediato, la luna se escondió detrás de la primera nube que tenía a su alcance.

Y el fresno arremangó sus ramas.

Los polacos no terminaban de entender pero aceptaban. Agachaban sus cabezas y guardaban silencio. Y aunque soñaban con más precisiones, ya conocían a la Yesi y sabían que esas precisiones no iban a llegar hasta que llegaran: la piba había vuelto a sentarse y daba la impresión de que no tenía mucho más para agregar.

El Dos miró al Siete.

Si alguien iba a exigir mayores precisiones, lo normal era que ese alguien fuera el Siete. Pero no. El Siete, completamente desentendido

del tema, miraba hacia el piso como todos los demás. Por eso y porque siempre le había costado el silencio social, tuvo que ser él quien se animara.

–Lástima, me quedé con ganas de saber un poco más.

–No puedo brindarles más detalles. No todavía. Si lo hago, corremos el riesgo de fracasar. Necesito que me crean y que confíen en mí.

Las palabras de la Yesi no lograron ningún efecto positivo entre los miembros de la banda. Tampoco en el fresno o en la luna. Por eso, y como última instancia, a la Una se le ocurrió apelar a Borges y a su cuento de los caramelos, explicó que el asunto del azúcar y del colorante ya había pasado con éxito, que por eso los billetes, que lo que vendría tenía que ver con lo que seguía inmediatamente a continuación en el cuento, aquello del hombre que se había despertado al alba, hacía de esto un montón de semanas a cientos de kilómetros del quiosco, para cortar la caña con un machete heredado de su abuelo.

–Sigo sin entender. ¿Por qué ustedes dos?

Ahora sí se quejó el Siete.

–No les pido que entiendan. Solo necesito que confíen. Ya entenderán. Se los prometo. Solo el Tres y yo podemos hacer lo que falta hacer, somos los únicos dentro del grupo que sabremos buscar lo que debemos buscar.

A esta altura de la reunión, ya resultaba evidente que nadie había quedado conforme con la escasa información que había proporcionado la Yesi. Ni los pibes ni la luna. Tampoco el fresno. Ni siquiera ella había quedado conforme. Por eso, para que no insistieran con más preguntas que no sabría cómo responder, fue que la piba se apuró a sugerir que ya era hora de contar la plata, la única actividad que los haría olvidarse de las dudas y de los reproches.

De inmediato, el Cinco vació la mochila en medio de la reunión.

La montaña de billetes era importante.

Tan importante que a ninguno se le ocurría la forma de comenzar con la tarea. La idea salvadora provino del Kevin, el Seis. Acostumbrado como estaba a ayudar por las mañanas en la verdulería de sus padres, con naturalidad les recomendó que hicieran cuatro montones teniendo en cuenta el valor de cada uno de los billetes: los de diez por un lado, los de cincuenta por el otro, los de cien a un costado y un cuarto montón para los de quinientos y los de mil que seguramente iban a ser los menos. Aunque, al cabo de un rato, el Kevin tuvo que reconocer que se había equivocado. Si bien el montón sobresaliente era el de los billetes de cien, los montones de cincuenta y de diez resultaron bastante más pequeños que aquel que sumaba los de quinientos y los de mil.

Hubo que hacer, entonces, una nueva subdivisión.

Luego.

Y por unanimidad.

Los Wojtyla determinaron que, debido a su insoslayable y extensa experiencia en el manejo de billetes, fuera el mismísimo Seis quien se encargara de sumar el dinero en voz alta. Y que la Yesi, quien era por lejos la más avispada de la banda, fuera la que se ocupara de anotar en un papel el resultado de cada montón.

Lo recaudado era una bocha: veintisiete billetes de mil, cuarenta y dos billetes de quinientos, ciento treinta billetes de cien, treinta y cinco billetes de cincuenta y solo catorce billetes de diez.

Una guita.

En total, sesenta y dos mil ochocientos noventa pesos.

La Colo no tardó casi nada en decidir que correspondía darle setecientos pesos a cada una de las treinta y nueve familias del listado y que, cada uno de los miembros del grupo, se encargaría de llevarles el dinero a las familias que ellos mismos habían anotado y avisarles que, más temprano que tarde y como parte de pago, tendrían que abrir por un día la puerta de sus casas.

Después de hacer pública la decisión de lo que le correspondería a las familias, la Yesi se quedó en silencio.

Pensando.

Quedaban exactamente treinta y cinco mil quinientos noventa pesos para la parte del plan que no podía adelantarles a los miembros de la banda. Demasiado dinero. Por eso, después de meditarlo un rato, se le ocurrió que lo mejor sería repartirle seiscientos pesos a cada uno. Para que no volvieran las preguntas, para que ninguno de ellos se tentara con quedarse con algo de lo que era para las familias y para que la armonía y la paz volvieran a reinar en el equipo.

Entonces se los dijo.

–La plata que tenemos es más que suficiente. Voy a guardar treinta y un mil novecientos noventa pesos para lo que no puedo adelantarles y habrá seiscientos pesos para cada uno de ustedes, se lo merecen. Ahora, por favor, déjenme a solas con el Tres, necesito hablar con él de lo que sigue.

Los gritos de alegría se escucharon bastante más allá del fresno. Quizá hasta en la luna. Y, por supuesto, se acabaron para siempre las preguntas incómodas.

Cuando uno quiere, extraña si pasa algún tiempo sin ver al ser querido. Algo de eso vivió el Yoni, el Tres, a lo largo del domingo más largo de su vida. Pensó en ir a la misa. Pero no fue. Luego pensó en caerle por la tarde al padre Pablo y tocar a su puerta. Pero tampoco. No se animó. ¿Y si lo rechazaba? Con toda seguridad, en la peregrinación hacia la catedral se había percatado de que él había contado lo ocurrido durante la noche feliz de las cervezas.

El cura parecía enojado.

Por eso no fue.

Solo lo extrañó. Y decidió esperar. Aparecer en la capilla junto con los demás. Cuando pintara. Eso le ahorraría rechazos explícitos y le permitiría ver la manera en que el cura reaccionaba ante su presencia. Lo que no pudo, claro, fue aguantarse las ganas y llegar tanto tiempo antes de la misa a la puerta de la iglesia ese lunes. Tampoco, a decir verdad, pudo hacer nada de aquello que la Yesi le había encargado que empezara a hacer. Su cabeza no se lo había permitido. Anduvo de acá para allá, pero todo lo que veía le parecía feo. Todo y todos los que se le cruzaban por el camino le parecían feos.

Lástima, daba.

Mucha lástima.

Borges lo descubrió ahí, tan solo y tan lastimado, que chifló en dirección a la capilla ayudándose con sus dedos índices y enseguida le hizo gestos con ambos brazos para que se acercara hasta el quiosco.

–¿Me llamó?

–Lo llamé, sí. Quería comentarle algo, Jonathan.

Sin embargo, a pesar de que acababa de decirle que lo había llamado y que quería comentarle algo, al viejo no le salió comentarle nada. Se quedó observándolo. De arriba abajo. Borges había pensado en hablarle acerca del amor y sus dificultades de ser, acerca de la enorme distancia entre los sueños y las realidades amorosas. Pero, mientras llegaba a la conclusión de que no podía hablarle sobre el amor a una persona que estaba pasándola tan mal justo por ese asunto, el pibe, desde alguna impaciencia, lo sacó de sus cavilaciones.

–Lo escucho.

–Sí, sí, discúlpeme.

Aunque tampoco esta vez dijo más.

Todavía necesitó darse de algún tiempo para ordenar sus ideas. Mientras tanto, primero le ofreció un caramelo ácido y luego un alfajor. El pibe no aceptó. Ni una cosa ni la otra. Entonces, tuvo que destaparle una cerveza y pasársela. Era lo único a lo que, sabía perfectamente el quiosquero, el pibe jamás podría negarse.

–Le iba a hablar de un tema. Pero no es el momento. Mejor le cuento de otro. De la belleza, por caso, sospecho que es aquello a lo que estará abocado durante buena parte de la semana que acaba de comenzar.

–Usted es un lindo muchacho.

El Tres se ruborizó al escucharlo.

Después miró hacia el piso y, a continuación, tomó un larguísimo trago de cerveza. No se esperaba algo así de un viejo tan viejo y sabía todavía menos qué responder. Borges se dio cuenta de la incomodidad del pibe, sonrió y de inmediato apuró una explicación de sus dichos. Le pidió que por favor no lo malentendiera, que había necesitado utilizar la palabra *lindo* para que entendiera, que a veces las palabras oscurecían el sentido de las cosas a las que se referían; que *belleza* era una de esas palabras que escondían nada detrás de su significado, que *lindo* resultaba mucho más precisa; que nadie sabía a ciencia cierta lo que era bello o lo que no lo era, que la belleza no era más que una abstracción y que, como toda abstracción, decía bastante poco de lo concreto, de lo real, que a tal punto resultaba una abstracción que su contrario, aunque lo repitieran los libros, nunca podía ser fealdad; que la palabra *fealdad* quedaba muy pequeña a su lado, muy escasa, que su contrario, por lo general, era resuelto en la filosofía como la ausencia de lo bello, otra enorme abstracción; que por eso él había utilizado la palabra *lindo* para definirlo, que lo lindo sí era real, tan real como lo feo; que *lindo* y *feo* eran palabras más humanas, palabras que solo atendían a los gustos particulares y no a absurdas e improbables generalidades, que no les tuviera miedo.

–Es lindo lo que es lindo para mí, querido. O para usted, Jonathan. Lo lindo es una decisión personal, del ámbito de lo privado. Una decisión íntima y, justamente por eso, inexplicable. La palabra *belleza*, en cambio, es apenas una de las tantas oscuridades del lenguaje o de la cultura. Del ámbito público. Si le toca elegir, muchacho, no dude. Elija siempre lo que le parezca lindo, no se deje llevar por aquello que supone sea la oscura belleza para los demás.

El Tres terminó la birra de un trago. Le devolvió el envase vacío al

viejo y apenas si se despidió con una media sonrisa. Aprovechó que vio venir caminando a los demás pibes de la banda y huyó del quiosco. Estaba algo confundido. Y muy a pesar de las muchas palabras de Borges, seguía extrañando al padre Pablo. Necesitaba volver a verlo. Era el tipo más lindo que había visto en su vida, una belleza de persona, poco le importaba lo que pensaran los demás al respecto.

Como los miembros de la banda eran los únicos presentes en la capilla, la misa volvió a ser corta. De todas maneras, el cura se dio algún tiempo para comentarles que el domingo próximo sería Domingo de Ramos, el comienzo de la semana más importante del catolicismo, la semana de Pascuas, la semana en la que Jesús era crucificado y, al tercer día, resucitaba de entre los muertos; una semana en la cual la vida vencía a la muerte y el amor vencía al odio.

El Tres estaba otra vez feliz.

Explotaba de felicidad.

Al pibe le había dado toda la impresión de que, cuando el padre Pablo había dicho amor, lo estaba mirando a él. Solo a él.

A la salida de la iglesia y cuando habían caminado apenas unos pocos metros en dirección a la placita, la Colo los hizo detener y les explicó que mejor sería encontrarse al día siguiente, que esa noche no podía, que debía volver a su casa; que se encontraran mañana otra vez en la misa, que por favor, que no se enojaran, que a partir de lo que había dicho el cura debía pensar algunos cambios en su plan.

–Dijiste que tenías todo pensado.

El Siete no podía con su genio.

–Las cosas se han precipitado, Siete. Tengo que corroborar algunas cuestiones en Google y dejé el teléfono en casa.

–¿En Google? ¿No sería mejor preguntarle a Borges?

–No, Dos, lo haré en Google. Nadie debe enterarse de lo que necesito saber.

–De todos modos, el viejo lo sabrá, si es que no lo sabe ya.

La Yesi no le contestó.

No quería seguir esa estúpida discusión hasta la eternidad. Saludó con un nos vemos mañana en la misa y se perdió por uno de los pasillos rumbo a su casa. Los pibes se miraron los unos a los otros y, al cabo de unos segundos, decidieron sin necesidad de palabras que lo mejor era terminar con la reunión: sin la piba en los alrededores, no había casi nada que los uniera.

EL QUIOSQUERO SABE MÁS QUE GOOGLE

Evidentemente, la crisis del catolicismo en la villa resultaba insoslayable: ese martes, y por enésima vez, los únicos asistentes a la misa de la tarde eran los Wojtyla. Un grupo que, a esta altura de los acontecimientos bueno sería reconocerlo, tenía bastante poco de católico. Así las cosas y en un acto de extrema sinceridad, el padre Pablo decidió de manera unilateral que no valía la pena realizar la ceremonia. Le alcanzó con acercarse hasta el primer banco, bendecirlos e informarles que por la mañana el señor obispo se había comunicado con él por teléfono para pedirle que por favor les avisara que fueran a visitarlo el próximo sábado, que los esperaba antes de la misa, que tenía muchas ganas de hablar con ellos, que no faltaran. Luego, el cura se tomó algunos segundos para disculparse: esta vez él no podría acompañarlos, aunque, por supuesto, eso no tenía la menor importancia, ya sabían el camino y el obispo quería verlos a ellos, no había dicho nada de verlo también a él.

Los pibes salieron en estampida de la capilla. No todos, claro. Al Tres le costó un poco más. Se retrasó esperando que el padre Pablo lo chistara o al menos le sonriera. Y algo de eso ocurrió. Una mirada. Apenas una mirada medio oblicua del cura. Sin embargo, y a pesar de su escasez, esa mirada alcanzó. Tanto alcanzó que al Yoni, feliz, no le importó tener que correr a toda velocidad por los pasillos para ponerse a la par del resto.

–El momento es ideal para el triunfo de nuestro plan.

Les aseguró la Colo apenas estuvieron sentados junto al fresno.

Pero el Siete no estaba en un buen día y necesitó aclarar en voz alta que el plan era de ella, que ni él ni los demás chicos sabían nada al respecto, que se hiciera cargo, que no los involucrara.

–Es cierto, Siete, lo reconozco.

Unos segundos de zozobra colectiva siguieron al reconocimiento de la Yesi. Hasta el árbol parecía petrificado. Los pibes se miraban entre ellos. No entendían por qué la Yesi había bajado la cabeza: sus pelos rojos le tapaban la cara y no pronunciaba palabra. Tanto era el desconcierto que el Siete le pidió disculpas, le dijo que no lo tomara así, que no era para tanto, que había tenido un día muy complicado en su casa, que por favor, que si sus dichos la habían molestado los

retiraba, que.

–No, no, no.

Susurró la piba.

Y enseguida agregó que no estaba molesta por lo que había dicho, que no, que el problema era otro; que tenía que reconocer que aunque el momento del año católico fuera el ideal, no había encontrado en Google la manera de resolver algunas cuestiones que necesitaba resolver para el tan deseado éxito del plan, que eso era lo que la tenía mal.

–Tendrías que haber ido a ver al quiosquero, te lo dije.

Al grupo no le gustó nada la intervención del Dos. Incluso el Siete le gritó que era un boludo, que si no se daba cuenta de que la piba estaba mal, que lo iba a cagar a piñas.

–Basta, no se peleen.

La Yesi dijo lo que dijo y se puso de pie.

Ya desde las alturas, les pidió que no fueran tan pendejos y la escucharan, que el momento del año era el ideal, que la Semana Santa era la fiesta más sagrada del catolicismo y que en un momento así, decía Google, los católicos estaban más dispuestos a ayudar al prójimo que en cualquier otro momento del año, pero que ella no sabía, que realmente no encontraba la manera de acomodar las últimas piezas de su plan con la bendita Semana Santa.

La piba dijo lo que dijo y volvió a sentarse.

El silencio resultaba abrumador.

Justo hasta que el Jonathan recordó algo que había escuchado esa misma mañana y abrió la boca para contarlo:

–Pibe, en Semana Santa hay que lavarse bien los pies.

Los gritos se sucedieron. También las carcajadas. Nadie entendía lo que había querido decir el Tres pero a todos les venía bien llenar de risas y de gritos tanto silencio y tanta angustia colorada.

–¿Dónde escuchaste eso?

Interrumpió el jolgorio la Yesi y el Yoni, como pidiendo disculpas, contó que andaba buscando por ahí lo que ella le había pedido que buscara, que en esa búsqueda pasó casualmente frente a la capilla y.

–De casualidad pasabas muy cerca de tu curita.

Se metió en el cuento el Siete y entonces se sucedieron otra vez las risas y los gritos y los empujones masculinos.

–Basta. No sean idiotas. Déjenlo que hable. Es importante.

El enojo de la Una los hizo callar de inmediato. Hasta el fresno que no había gritado ni se había reído ni había empujado a nadie sintió algo de culpa y arremangó sus hojas.

–¿Quién te dijo eso?

–Me lo gritó Borges, el viejo del quiosco. Y enseguida me volvió a gritar que sin falta, esta misma tarde, les contara a los miembros de la banda lo que me había gritado.

Yesi, la Polaca, la enorme Colo, la Una, escuchó la respuesta del Tres y se largó a llorar desconsolada. No podía parar. El resto de los chabones la miraban. No entendían ni sabían qué hacer. Suele pasar que los varones no saben cómo actuar ante el llanto de una mujer. En este caso resultaba todavía peor: aunque se morían de ganas de abrazarla, no se animaban, no tenían la confianza suficiente. La posible reacción de la piba ante un abrazo de alguno de ellos era un riesgo que preferían no correr.

–Ese dato es el que necesitaba. La cereza del postre. Gracias, Tres. Ahora sí sé cómo seguir adelante con el plan.

–Te lo dije.

Repitió el Dos, y el Siete se le tiró encima a los manotazos. Aunque en esta oportunidad nadie los separó ni los retó. No podían parar de reírse. Sobre todo la Colo. A la piba, si cabe la metáfora en un contexto tan poco católico, le había vuelto el alma al cuerpo.

TRES

Una cosa lleva a la otra. Irremediablemente. El Yoni dejó la reunión de la banda con ganas de caminar. La noche suave invitaba.

Dejó a los pibes con ganas de andar.

De dejarse llevar.

Con ganas de vivir algo tan suave como esa noche. Por eso, como una cosa lleva a la otra de manera irremediable, al Tres no se le ocurrió nada más exacto que el amor para disfrutarla. Las manos en los bolsillos del jean. Los pasos lentos. Y la mirada perdida en el porvenir de un sendero que sabía. El camino hacia el amor se sabe. Lo que nunca se sabe y tampoco lo sabía el Jonathan, a pesar de la ternura de la noche, era si esas ganas tan suyas de amor serían bien recibidas.

El amor ajeno es una duda.

Siempre.

Y en el caso del destino de su amor todavía más. De ahí que guardara las manos en los bolsillos del jean, de ahí su mirada perdida, de ahí lo lento de sus pasos.

Llegó hasta la puerta que sabía y golpeó con los nudillos de su mano derecha. Con firmeza, golpeó. Si había alguna esperanza para el amor, esa era la noche y esa era la puerta. Y si no la había, enterarse sería mejor que no hacerlo. Estaba convencido de sus ganas, tenía que averiguarlo. Sin embargo, a medida que los segundos pasaban y la puerta no se abría, la convicción de haber hecho lo correcto ya no era la misma.

Golpeó otra vez.

Ahora con algo de desesperación.

O desde la desolación, mejor. Resulta increíble cómo pueden transformarse de rápido los estados de ánimo amorosos. Cómo las certezas se convierten primero en dudas y enseguida en reproches. Pero ahí estaba. Ya no podía cachivachear, ya no podía echarse para atrás.

–Hola.

Despeinado y con cara de haber estado durmiendo o haber estado llorando, el padre Pablo le hizo un gesto para que pasara. Vestía una camiseta no tan blanca, calzoncillos anchos al tono y unas pantuflas

oscuras.

–Sacá dos cervezas, ya sabés dónde están. Esperame en la cocina. Me pongo un pantalón y enseguida voy.

Al Tres le habría encantado que se quedara como estaba. Le gustaba haberlo descubierto así. Parecía más próximo, más humano, más íntimo. Y estaba mucho más hermoso, también. Sin embargo, no dijo nada de lo que pensaba. Prefirió mentirle que sí, que bueno, que no había problema, que esperaría en la cocina.

Lo estremeció el contacto. Una mezcla de labios y de piel y de apenas lengua y de aire calentito en la zona posterior del cuello, casi en la nuca. No lo esperaba. Ni ahí. Justo estaba tomando el segundo trago de birra desde el pico de la botella. No lo vio ni lo oyó venir. Tampoco había imaginado que algo así podía suceder.

Una sorpresa.

Tan linda que no le dejaba siquiera darse la vuelta.

Las manos de Pablo sabían andar por su cuerpo. No se detenían. Avanzaban lentas por acá y lentas por allá. La botella de cerveza hacía rato que había vuelto a la mesa, su remera había subido hasta taparle por completo la cabeza y, aunque le habría gustado también a él toquetear, sus manos y sus brazos no podían moverse, habían quedado aprisionados dentro de la remera.

Se dejó disfrutar.

Lejos, era lo más hermoso que había vivido en sus dieciséis años.

Los besos iban bajando lentamente por su espalda mientras esas manos tan sabias lo ayudaban a levantarse de la silla, le acomodaban el torso sobre la mesa con un empujón y, casi sin darse cuenta, llegaban hasta su jean, lo desabotonaban y le abrían el cierre.

Los besos y las lenguas y las respiraciones calentitas en la espalda no se detenían.

Mucho menos las manos.

Primero cayó su jean, luego fue el calzoncillo. Recién ahí, mientras millones de dedos crecían en caricias por entre sus piernas, notó que el cura lo había engañado. Encantadoramente, lo había engañado. No había ido a ponerse ningún pantalón cuando lo mandó a sacar las birras de la heladera y esperarlo en la cocina. Lo sintió apenas se apoyó contra sus muslos: estaba completamente desnudo. La pija bien dura. Enseguida, estiró el pecho sobre su espalda y una de sus manos, la derecha, pasó por encima de su cabeza y tomó la botella de la mesa.

La birra inundó sus nalgas.

Luego, un dedo mojado comenzó a jugar despacio en el centro de su culo. Entraba. Salía. Cada vez más adentro. Le gustaba. Después fueron dos, los dedos juguetones. Y le gustó todavía más. Le dolió un poco

cuando Pablo le metió la pija. Al principio. Cuando entró un poco más ya no le dolió. Fue todo placer. Y más apenas la pija empezó a moverse en su interior. Se quitó la remera como pudo. Quería darse la vuelta. Verlo. Besarlo. Acariciarlo todo. Pero el cura no lo dejó. Lo tomó del cuello con sus dos manos y se la metió bien adentro.

El Yoni acabó llorando del gusto.

Y, casi de inmediato, el padre Pablo cayó dulce como la noche encima de su espalda mientras le llenaba el culo de leche.

Imposible saber el tiempo que pasaron apilados sobre la mesa de la cocina sin decir palabra. Algún instante eterno, le pareció al Tres. Después, el cura se despegó apenas de su espalda, lo ayudó a levantarse, juntó la botella de birra que no habían volcado, lo agarró de una mano y lo llevó a su habitación.

–Qué lindo sos.

Le dijo el Yoni ya sentado como un indio sobre la cama y mirándolo mirar hacia las manchas de humedad del techo.

–No le cuentes a nadie.

–No, no.

–A nadie.

–No, no.

–Nos meteríamos en un problema.

Antes del diálogo, una de las manos del cura se había estacionado sobre la rodilla derecha del Yoni. Sus dedos no dejaban de dibujar figuras sobre su rodilla. Viajes de dedos que al pibe no le permitían pensar en lo que charlaban. Dedos y más dedos que le habían puesto bien dura otra vez la pija.

El padre Pablo no la dejó pasar.

De inmediato, sacó un frasco de la mesa de luz, se puso en cuatro patas, le pidió que hurgara dentro de su culo con esa crema y que, por favor, le metiera su pija, que ya mismo, que no se aguantaba más las ganas de tenerla adentro.

Y la tuvo.

Todita.

Un rato largo. Justo hasta que el Yoni le tiró su ADN. Luego, cayeron rendidos sobre la cama, uno al lado del otro, bien juntitos, mirando hacia la humedad del techo.

–¿Te gustaría cambiar el mundo?

La pregunta del Yoni llegó inesperada en medio del calor ahora tranquilo de los cuerpos y del silencio de un par de ojos que seguían mirando hacia el techo de la habitación.

–No entiendo.

–Nada, que si te gustaría cambiar el mundo, hacer algo para que sea menos horrible, distinto de lo que es.

El padre Pablo se quedó unos segundos callado. Hasta que no aguantó más y le contó que cuando él había tocado a su puerta, estaba llorando; que algunas noches la tristeza lo podía, que estaba muy solo, que necesitaba de otro, no de otros, no del prójimo ni de la iglesia, que necesitaba de otro para abrazarlo, que necesitaba de un cuerpo desnudo ahí en su cama con él.

–Dios me escuchó y te trajo hasta mi puerta.

Al Yoni lo descolocó el final. Y se le dio por la broma, solía pasarle. Le dijo entre risas que Dios no tenía nada que ver, que lo habían traído sus piernas y su deseo. Pero el cura no se rió, ni siquiera pareció haberlo escuchado.

–Claro que me gustaría cambiar el mundo.

Le gritó a veinte centímetros de su cara.

Y al Jonathan no le quedó más remedio que acercarse un poco más, abrazarlo, reventarle la boca a besos y pedirle que no llorara, que por favor, que se tranquilizara, que él y los Wojtyla iban a cambiar el mundo.

MENSAJES

Apurá el asunto, Tres.

Al Yoni le dieron ganas de contarle que había apurado el asunto que más le interesaba, que recién se había despertado, que la noche con Pablo había sido la noche más maravillosa de su vida. Le dio ganas de contarle un montón de cosas a la Yesi, por ejemplo que el cura era un caramelo y un llorón y que también quería cambiar el mundo y que.

Pero no.

La piba se refería al otro asunto.

Al asunto que le había encargado hacía unos días, y no estaba seguro de que se pusiera contenta si le contaba todo lo que le habría encantado contarle.

Dale. Hoy le dedico la tarde a eso.

A la Colo no le gustó nada la respuesta que apareció en la pantalla de su teléfono. Hacía días que se lo había pedido y faltaba poco tiempo para entrar en acción. Encima, a ella no le había ido del todo bien con su parte del arreglo, los cuatro que había conseguido la llamaban a cualquier hora y no paraban de encarársela.

Apurá. Los necesitamos ya. Bien lindos.

El más lindo es el Pablo, pensó el Yoni. Lo pensó pero no lo mensajeó. Se contuvo. Temía la reacción de la Una. La piba ya le había advertido que se anduviera con cuidado, que no se le escapara ni una palabra de lo que hacían si se encontraba con el cura, que no los mandara al frente, que no los engañara.

Tampoco le dijo que lo lindo y lo feo eran cuestiones muy personales, que la belleza abstracta no existía.

Aunque esto último, aquello que le había explicado el viejo del quiosco, no se lo mensajeó porque, en el fondo, le costaba entenderlo y tenía miedo de equivocarse al escribirlo.

Todavía tenés tiempo. Mañana a la tarde, a las seis y media en punto, te espero en la placita para que me cuentes.

Tardó demasiado en contestar. Por eso fue que antes le llegó un nuevo mensaje de la Colo. Era mejor así. Había zafado. No se le había escapado nada de lo ocurrido con el padre Pablo y ya mismo pondría manos a la obra. Le quedaba un día y medio. Le alcanzaba.

Nos vemos mañana. Beso.

Este chabón está en cualquiera, pensó la Yesi. Tiene la cabeza volada con ese cura. Sin embargo, no le mensajeó sus dudas. Decidió que no, que era mejor dejarlo así, que con suerte se ponía las pilas y mañana le llevaba el listado.

Beso.

Alan vio pasar al Tres y decidió seguirlo. A una distancia prudencial. Quería espiar lo que hacía pero sin ser descubierto. Le habían llamado la atención dos cuestiones: la alegría de su cara y que, además, tanta alegría se acompañara de una hoja en una mano y de una lapicera en la otra.

El Siete no tenía nada mejor para hacer.

Así que.

La tarde pintó gira investigadora.

Los pasillos estallaban. Pibitos corriendo detrás de pelotas, gritos, llantos, carcajadas, mujeres cargadas con las compras, hombres fumando contra las paredes, charlas a la pasada. Y entre esa multitud el Tres, esquivándolos con una hoja en una mano y una lapicera en la otra.

El Siete lo vio detenerse en una esquina.

Conversaba con un tipo. Y después anotaba algo en el papel que llevaba en la otra.

Andaba de levante, el muy puto.

Habían llegado hasta la capilla y aunque el Yoni se había detenido unos cuantos segundos frente a la puerta del curita, al parecer dudando de si tocar o no tocar, finalmente había continuado con su camino.

Lo dejó perderse.

No valía la pena esconderse para descubrir cómo el muy puto se levantaba tipos.

Escuchó un par de gritos. Alan, Alan. Miró en todas las direcciones y no vio a nadie. Volvió a mirar. Pero nada. Entonces, como el quiosco de Borges le quedaba ahí, tan cerca, no tenía nada que hacer y le sobraban algunos pesos en el bolsillo del reparto que había hecho la Yesi, decidió matarlos en una birra.

–Fui yo el que te gritó, quería invitarte una cerveza.

Era su día de suerte, pensó el Siete mientras le agradecía al viejo el envite y el viejo le respondía que no era nada, aunque, ya que estaba ahí, iba a decirle algo importante, algo que, si se daba la oportunidad, podría contarle a los miembros de la banda en la próxima reunión y, guiñándole un ojo, que ese algo lo haría quedar muy bien con la jefa.

El Siete sonrió.

Seguro era una zoncera.

De todos modos, le prestó atención: todavía no había terminado la fresca y al Dos no le había ido nada mal con la Yesi a partir de contar las tonterías que al viejo se le ocurrían.

–Es fácil, pibe. A pesar de que el dicho afirme que resulta mejor andar solos que andar mal acompañados, lo cierto es que para los que nunca han venido de visita a la villa sería bastante mejor llegar mal acompañados que llegar solos: si pudiesen hacerlo en un colectivo o en un par de combis que estacionaran justo entre la iglesia y mi quiosco, de seguro lo preferirían.

El Siete dejó la botella vacía y se fue.

Ni siquiera saludó.

Le dio la impresión de que Borges era un vivo y que, si pintaba, quería ganarse algunos mangos turísticos.

TREINTA Y NUEVE

Y aunque el Tres llegó a las seis y media en punto como habían quedado, hacía un rato largo que la Colo lo estaba esperando sentada debajo del fresno. Ansiosa, la Colo. Ansiosa y con mucho de culpa: no había podido hacer su parte del trato, los chabones lo único que querían era levantársela, eran todos unos grandísimos babosos.

El Yoni, en cambio, estaba feliz.

Feliz y tranquilo.

Muy distinto a como la Una lo había visto durante los últimos días. Resultaba evidente que algo bueno le había pasado a su vida durante esos días en los que no se habían encontrado. Pero no dijo nada al respecto, prefirió ir directamente a los bifes y preguntarle lo que importaba. El Tres no le respondió. Detrás de una sonrisa gigante, se limitó a pasarle una hoja.

–¿Treinta y nueve?

–Con sus nombres y sus números de teléfono. ¿Te alcanzan?

La Colo largó la carcajada.

Por supuesto que alcanzaban.

Se puso de pie y lo envolvió entre sus brazos, le dijo que era un capo, un gran polaco, un groso, un ser enorme, un ángel enviado por Dios más etcéteras y etcéteras. También, mirándolo fijamente a los ojos, le exigió que le contara el motivo de tanta felicidad, que se le notaba hasta en la manera de caminar, que por favor, que no fuera forro, que necesitaba saber.

–Nada. No me pasa nada.

Mintió.

En realidad, más que ganas de mentir, lo que tenía el Yoni era miedo de que la Yesi se enojara con el motivo de su felicidad y lo apartara del grupo. Repitió que nada, que no le pasaba nada, pero, claro, la piba continuó mirándolo a los ojos, en silencio. Y entonces, el silencio más esos ojos fueron demasiado para el pibe. Lo pudieron. Enfocándose hacia una de las ramas más altas del fresno y en voz muy baja, tuvo que reconocer que se había enganchado con alguien, que le parecía que estaba enamorado de ese alguien, que.

–¿El padre Pablo?

Evidentemente, esa tarde Dios no dejaba de enviar ángeles a los alrededores del fresno. La pregunta de la Una quedó flotando en el aire, sin respuesta. El Siete apareció corriendo y a los gritos. Tan feliz como el Tres. O más.

–¿Qué pasa hoy que andan todos tan contentos?

Reflexionó la Colo.

Aunque nadie la escuchó.

No había manera. Increíblemente, el Siete hasta ese instante aparentemente incapaz de abrazar a alguien, había abrazado al Tres. Y los muchachos, sin separarse, no paraban de saltar, de gritar y de reír. El Yoni, feliz de que el Alan lo hubiese salvado de responder la pregunta que le había hecho la Yesi y el Alan feliz porque, a su entender, esta vez tenía algo que por fin iba a interesarle a la jefa. Algo. Algo que, quizá, fuera el puntapié que iniciara una mejor relación entre ambos. Algo que lo ubicaría muy cerca del Dos en las preferencias de esa mina. De ese minón que tanto le gustaba.

La Colo se sentó. A esperar. En algún momento los chicos iban a calmarse. Resultaba del todo inútil intentar cortarles el desborde de alegría.

Se sentó.

Y de inmediato sobrevino la calma.

Como por arte de magia, los ángeles plegaron sus alas y se sentaron a su lado en perfecto silencio.

–A ver, el motivo de la felicidad de Tres ya lo sé, ¿cuál es el tuyo, Siete?

–Sospecho que tengo una información que va a interesarte.

La Una se quedó callada. Escondiendo la mirada en una de sus rodillas. La izquierda, para ser del todo preciso. Pensando. No en el interés que pudiese tener la información que había traído el Siete. No. En realidad, la Yesi pensaba en otro asunto. Pensaba en la alegría que le había proporcionado al Siete traer una información que pudiese interesarle a ella. Evidentemente, el chabón estaba metido con ella. De verdad, metido. Y aunque siempre le saliera muy mal, en el fondo tanta alegría exhibía su necesidad de caerle bien. A ella. No al resto de la banda ni a la tarde ni al fresno ni a la luna. A ella. Solo a ella. Por eso, con independencia de la importancia que pudiese tener la información que traía, cuando levantó la vista de la rodilla izquierda, lo miró con otros ojos. Con ojos más amables, más cariñosos, más tiernos: el esfuerzo amoroso del pibe se lo merecía.

–Fui al quiosco del viejo.

Comenzó el Siete ante la novedosa mirada de la Colo. Mintió que había sido de casualidad y que aunque él no le había pedido ningún consejo ni nada de nada, que solo quería tomarse una fresca, el viejo le

había largado una interminable parrafada; que en un principio no le había dado la menor importancia, que le había parecido que Borges se quería ganar alguna guita con el turismo o con algo así, que entonces había dejado la botella de cerveza ya vacía y había huido de ahí, pero que mientras caminaba hacia su casa fue cambiando de opinión, que si todos le daban tanta importancia a sus dichos, él también debía hacerlo.

–Dale, dejá de dar vueltas y contá lo que te dijo Borges de una buena vez.

Exigió la ansiedad informativa del Tres.

Y también los ojos ahora inquisidores de la Yesi.

El Siete se rascó la cabeza, se tomó unos segundos para mirar cómo lo miraba la piba y después se largó. Contó que lo que le dijo el viejo fue que no siempre resultaba verdadero el dicho de que es mejor andar solo que mal acompañado, que no, que por ejemplo para los que nunca habían visitado la villa, si por alguna razón se decidieran a hacerlo, les resultaría bastante mejor llegar mal acompañados que llegar solos. Y eso no fue todo, aclaró el Alan, enseguida el quiosquero agregó que si esos visitantes pudiesen llegar todos juntos en un colectivo que estacionara justo entre la iglesia y su local, que de seguro preferirían eso a cualquier otra forma de llegar.

El Tres no dijo palabra respecto de la información que había traído el Siete. La Yesi tampoco. La piba se puso de pie, ellos la imitaron, y entonces se acercó primero hasta el Yoni, le dio un beso y después se arrimó hasta el Alan, le dio un beso apenas más largo que el que le había dado al Tres y se fue.

Recién cuando estaba a diez o quince metros del fresno se dio la vuelta.

Y les gritó que gracias, que muchas gracias por tanta alegría, que nos vemos acá el sábado a las cinco, vengan con las mejores ropas y por favor no falten, nos espera el obispo.

UN CORTO PARÉNTESIS

Es viernes. O no. Puede que sea viernes o puede que sea cualquier otro día de la semana. Aunque claro, que sea un día o que sea otro no tendría la menor importancia. Acá, dentro del quiosco y a los efectos de la historia de polacos que estoy escribiendo, es viernes y punto.

Podría, también, no estar encerrado dentro de ningún quiosco de seis metros por tres frente a ninguna capilla de ninguna villa.

Incluso, hasta podría no ser Borges.

Pero es viernes y los pibes recién se reunirán mañana a las cinco de la tarde, justo antes de salir en caravana hacia la catedral. Así lo decidió la Colo, no yo. Yo hubiese preferido que se encontraran hoy, así tenía algo para escribir. Muy a pesar de lo que afirman varios de ellos, eso de que mi local es elegante y sofisticado y eso de que yo soy un viejo garca y un charlatán, se me hacen muy largos los días si no tengo algún motivo para escribir. Y sospecho que puede pasarle lo mismo a quien me escribe a mí.

También es verdad que algunos de los pibes suponen que soy un sabio. Sobre todo la Yesi y el Braian, me parece. Respeto sus opiniones. Las buenas y las malas. Las de todos ellos. Por eso las transcribo tal como las expresan. Sin quitarles o agregarles nada aunque algunas me duelan.

Pero tampoco.

No soy ningún sabio.

Apenas si sé algunas cosas más de las que saben ellos, de las que llevo escritas. Por ejemplo, que el Cuatro se llama Roberto como su padre biológico; la madre, tan joven, pobre ilusa, le creyó cuando el tipo prometió y hasta juró por Dios que se haría cargo de la criatura y lo bautizó con ese nombre que no pega para nada en una historia de villeros, por eso, quizá, no lo haya avisado antes.

Poco más sé.

Ni siquiera el nombre del Cinco. Creo que Cinco a secas le queda bien, que por ahora no hace falta nombrarlo de otra manera. Y sé menos todavía del futuro que les espera a los Wojtyla. Por eso, entre otras cosas, me hubiese gustado que se reunieran también hoy. Para saber un poco más. Para enterarme de cómo sigue la cosa. Para que efectivamente fuera viernes y no cualquier otro día de la semana y yo fuera Borges y estuviera encerrado dentro del quiosco. Para tener algo que escribir, me hubiera gustado que se encontraran.

Nada es verdad.

Y todo lo es.

La verdad, cuando uno escribe, siempre queda bastante lejos de las palabras que uno elige para contarla. En algún otro quiosco. En otra villa. Otro día cualquiera. En otro Borges.

El primero en llegar a la placita fue el Cinco. Era temprano. Muy temprano. Se sentó debajo del fresno, acomodó la mochila junto a sus pies, la abrió, sacó una botella de agua, le pegó un trago y se dispuso a esperar la llegada de los demás.

Mala mía.

No me había fijado.

Siempre tengo tanto de lo que dar cuenta, que no me había fijado en ese detalle. Pero ahora hay tiempo, el pibe llegó demasiado pronto. Así las cosas, no me cuesta nada enfocarme y observar en el costado derecho de la mochila, bien abajo, detrás de la correa plástica, una tachadura pequeña. Evidentemente, el tachado ha sido hecho a las apuradas y cubre de manera muy precaria la escritura original que pretende esconder.

Elián Rodríguez.

El nombre del dueño de la mochila, el nombre del Cinco, el único nombre de los miembros de la banda que me faltaba. Y no solo el nombre, también está inscripto el apellido. Ocurre a veces. La escasez, a la larga, suele generar algunos excesos.

Se ve que Elián no era el único ansioso. De a uno, los Wojtyla fueron amontonándose bajo la sombra del fresno bastante antes de la hora pactada para el inicio de la gira.

La última en llegar fue la Colo.

Feliz y tranquila.

Sin demostrar la menor ansiedad, la jefa los saludó y de inmediato les avisó que era un día fundamental para el éxito del plan, que vamos, que arriba, que ya mismo, que cuanto antes lleguemos, más tiempo tendremos para conversar a solas con el obispo.

Aunque el padre Pablo no los acompañaba, esta segunda peregrinación hacia la catedral fue tan divertida como la primera. La razón de la alegría de casi todos tenía que ver con que adelante, algo apartados, caminaban la Una y el Siete. Se hablaban desde muy cerca, se miraban y, cada tanto, hasta rozaban voluntaria o involuntariamente sus cuerpos. Ante tan novedosa situación, unos metros detrás los chabones se codeaban, los señalaban, se empujaban, se reían y comentaban cosas en voz baja. Y si escribí hace algunas

líneas que en la caminata la alegría era de casi todos y no de todos, fue porque, evidentemente, el Dos no disfrutaba nada de la escena: la sufría y se le notaba.

Pobre chabón.

Nunca es bueno demostrar el sufrimiento frente a un manojo de vagos que solo quieren divertirse.

Empezaron a empujarlo y a reírse de él. En la cara. Al principio, el Braian se hizo el que no entendía el porqué de los empujones ni el porqué de las risas. Pero, como resulta tan dificultoso esquivar el sufrimiento en público, le pasó al Dos lo que suele pasarle al resto de los seres humanos en situaciones similares: escondió el dolor detrás del enojo y de la furia. Quiero decir que se agarró a las piñas con quien tenía más cerca, con el ahora también conocido como Elián Rodríguez, el Cinco, y los demás tuvieron que separarlos.

La escaramuza terminó en el más absoluto y triste de los silencios.

La Yesi entendió lo que pasaba.

Enseguida.

No necesitó pedir explicaciones.

Entonces, y aunque hubiera preferido seguir conociendo al Siete, decidió rescatarse y rescatarlos. Nada de adelantamientos. Volvió al redil y se mezcló con el resto como una cualquiera más. De todas maneras, el ánimo ya no era el mismo. Pese a los varios intentos de algunos, el silencio y las caras largas se convirtieron en lo predominante durante las últimas cuadras.

Así fue como llegaron a la catedral.

Medio heridos. Medio malhumorados. Medio desganados.

La Colo no. Por supuesto que no. La Colo apretó con toda la fuerza del dedo índice de su mano derecha el timbre que había al lado del portón de hierro que daba al jardín episcopal, se dio la vuelta hacia el grupo y les exigió a través de una mirada fulminante que se dejaran de pendejadas y se comportaran.

Esta vez fue el mismísimo obispo, en persona, quien les abrió el portón del jardín. De par en par. Después, se tomó su tiempo para saludarlos afectuosamente uno por uno, les agradeció la visita y les aseguró que estaba muy contento de volver a verlos. Verborrágico, agregó que eran el futuro del catolicismo, que el mundo era mucho mejor a partir de las acciones fraternales que realizaban en la villa, que ya se habían ganado el cielo, más incontenibles etcéteras parecidos.

La Colo lo dejó explayarse.

Bajaba la vista cada vez que los ojos del prelado se posaban sobre los de ella.

Había aprendido en su trabajo del yopin que a los tipos poderosos les encantaba la humildad en los humildes. Quizá la despreciaban en los iguales, pero la encontraban una enorme virtud entre los que quedaban por debajo de su nivel. Y ese hombre, por más que fuera muy católico y muy bueno y muy santo, en definitiva no era más que otro hombre poderoso, uno más de aquellos que acostumbraba a tratar en el yopin.

Luego de su interminable perorata, el obispo les pidió que por favor lo acompañaran, les dijo que quería mostrarles algo, que él también necesitaba de su ayuda. Los Wojtyla lo acompañaron en silencio. Exactamente hasta una de las paredes laterales de la catedral.

–Ahí está.

Eso que estaba ahí, mustio, achicharrado y decaído, semejante a como se lo veía al propio obispo, no era otra cosa que la *Ipomea purpurea*.

La Yesi no dudó.

De inmediato les pidió a los pibes que trajeran una bolsa de plástico negra que había tirada a unos pocos metros de la escena, que cortaran cuatro ramas de un limonero que había en las cercanías y que se las llevaran.

–¿Cuándo la puso en tierra?

–Ayer.

–Entonces no pasa nada, monseñor. No tema. La resucitamos en unos minutos.

El Cuatro llegó con la bolsa, el Siete y el Tres con las ramas. La Una pidió que las hundieran unos centímetros en la tierra a los lados de la

planta y luego ella se encargó de techar la estructura improvisada con la bolsa.

–Ya está.

–¿Ya está? ¿Eso era todo?

–Ya está. Eso era todo. En unos días, cuando esté fuerte y reanimada, le saca la bolsa para que le dé el sol, desentierra las ramas y listo.

El humor del señor obispo cambió por completo. Milagrosamente, ahora los palmeaba, no paraba de agradecerles y además los invitaba a tomar algo fresco en una galería que se extendía frente a la casa episcopal.

La Yesi tampoco dudó en esta oportunidad.

No era de dudar, la piba.

De pie, meneando apenas su cuerpazo, mintió que se le acababa de ocurrir una idea, que quizá era una idea de imposible realización, que no lo sabía, que se le había ocurrido justo después de haberle salvado la vida a la *Ipomea*, que por algo sería, que se había dado cuenta de que existían infinitas maneras de salvarle la vida a los demás, que no solo el dinero ayudaba, que si bien era cierto que el dinero llenaba las heladeras y salvaba vidas, también se podía ayudar al prójimo de otras formas, por ejemplo, llenando no ya las heladeras sino las almas de los que tenían esas heladeras vacías.

Dijo todo eso de un tirón.

Casi sin respirar.

Y después se calló.

Decidió esperar en silencio para así descubrir la reacción que había producido su catarata de palabras. No en los pibes, eso era lo de menos. Lo que le interesaba, por supuesto, era la reacción de su discurso en el obispo: ver hasta dónde llegaba realmente su agradecimiento y, sobre todo, su deseo de apoyarlos.

–Me encantan sus ganas, querida. Y su resolución. Su firmeza cristiana, sobre todo.

La Yesi escuchó desde algún entusiasmo al obispo. Pero no lo demostró y mantuvo cerrada la boca. En el fondo, le pareció que a sus simpáticas afirmaciones todavía les faltaba algo, que un poco más de su silencio iba a ayudar a que el hombre fuera todavía un poco más explícito.

El silencio de la piba duró un rato largo.

Justo hasta que el prelado, harto del silencio y de las miradas inquisidoras del grupo, no aguantó más y le preguntó a la Colo qué era aquello que se le había ocurrido.

La piba se sentó.

Ahora que le tocaba pedir, prefirió esconder tanto cuerpo.

Otra vez prefirió la humildad. Bajó los ojos y recordó que empezaba la Semana Santa, la semana de la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, una semana importante, única en el año, un tiempo para renacer, para estar juntos, para brindarse al prójimo; que se le ocurrió mientras protegía con la bolsa a la campanilla morada, que así como Jesús había lavado los pies de sus discípulos, sería un acto de amor incomparable que las personas ricas que frecuentaban la catedral realizaran un acto de verdadera entrega cristiana y el próximo jueves, el Jueves Santo, se llegaran hasta la villa a hacer lo propio con algunas de nuestras madres o abuelitas, que los Wojtyla podían preparar todo para que saliera perfecto, sin la menor posibilidad de que les ocurriera algo desagradable a los visitantes.

–Con algún dinero, hasta podríamos contratar combis para llevarlas.

La Una terminó su parlamento, levantó los ojos y los fijó en los del obispo.

Pero nada.

Ahora, el que hacía silencio y miraba para otro lado era el prelado.

Hasta que, con la evidente intención de sacárselos de encima, el tipo les pidió que le permitieran pensar el asunto en soledad, que lo esperaran, que les respondería cuando terminara de la misa.

DOS

Los Wojtyla fueron a esperar cerca de la entrada a la catedral el comienzo de la misa. Se sentaron justo enfrente, sobre el pasto cuidado y verde de la plaza, tan distinto al no pasto de la placita de la villa. Sin embargo, como las heridas amorosas tardan en cicatrizar o no cicatrizan nunca, el Braian tomó la palabra. Despechado, le gritó a la Una, delante del resto de la banda, que no era manera, que así no, que habían terminado de enterarse de cómo seguía el plan al mismo tiempo que se enteraba el obispo, que no era justo, que ya era hora de que ellos supieran en dónde se habían metido, que tanto quilombo para nada, que no le parecía que alcanzara con lavar unos cuantos pares de pies viejos para cambiar el mundo, que.

–Todavía nadie se enteró de nada, Dos.

Le avisó la Colo.

Entonces el Siete aprovechó la oportunidad que se le presentaba para seguir tirándole onda a la piba: le pidió al Braian, también a los gritos, que se tranquilizara, que justo ahora tenían que estar más unidos que nunca, que juntos ya habían conseguido un montón de cosas, que faltaba poco, que no había que adelantarse, que no fuera pendejo, que no era momento para hacer planteos estúpidos.

–Más estúpido será tu abuelo.

El Dos le respondió enojadísimo.

Y no tardó nada en levantarse de un salto con indudables intenciones de cagarlo a trompadas. Claro que algunos de los otros chabones se interpusieron y la cosa por suerte no llegó a mayores: solo alguna que otra amenaza y alguna que otra mutua promesa de futuro asesinato gritada al aire.

Cruzaron a la catedral cuando vieron que empezaban a entrar los feligreses. Y se ubicaron en el mismo sector que la vez anterior, en los últimos bancos de la derecha. Por las dudas, algunos de los chicos tomaron la precaución de meterse en el medio y así separar lo más posible al Siete del Dos.

Cada uno en su mundo.

La mayoría sin saber muy bien lo que hacían ahí.

El Siete, por ejemplo, estaba feliz. Sabía lo que hacía o al menos lo que intentaba, tenía su propio plan: conquistar a la Colo. Y, según su criterio, la cosa venía mejor que mejor. El Dos, por el contrario, seguía furioso. Con el grupo y consigo mismo. También, y sobre todo, con la

Yesi. No entendía lo que había ocurrido, cómo era que la Polaca, de buenas a primeras, había pasado de no soportar al Siete, a compartir casi todo el tiempo con él y festejarle cualquier tontería. La Una, por último, trataba de mostrarse entera para que los miembros de la banda no descubrieran en sus gestos o en su semblante el alterado estado de ansiedad y desesperación en el que se encontraba, no sabía qué esperar, estaba jugada al todo o a la nada, su plan podía seguir adelante o fracasar esa misma tarde. En el mientras tanto, la careteaba, como tantas otras veces había tenido que hacerlo con los clientes en el yopin.

Un poco obligada, la careteaba.

Desde los bancos cercanos, y seguramente a partir del recuerdo del sábado anterior, la mayoría de sus vecinos y vecinas se daban la vuelta, ramo de olivo en mano, para sonreírle y saludarla desde una dulzura todavía más careta que la de ella.

Increíblemente, en esta oportunidad a la Yesi el larguísimo sermón del obispo no le resultó para nada aburrido. Había mucha pasión en sus palabras. Mucha emoción. Hablaba de Jesucristo, de su retiro al monte de los olivos. Hablaba de su humildad, sobre todas las cosas: el hijo de Dios parecía uno más entre los apóstoles, uno cualquiera más de entre nosotros, dispuesto a la mayor de las renuncias para salvar del pecado a la humanidad entera.

Los demás pibes no atendían.

Recién se pusieron las pilas cuando escucharon que el obispo se refería a ellos. Y no solo se refería, desde el púlpito los estaba apuntando con el dedo índice de la mano derecha. Decía que ahí estaba el grupo de chicos católicos de la villa, un grupo que a partir de su humildad y de su infinita bondad, al igual que Jesucristo, había aparecido en el mundo para cambiarlo, para hacerlo mejor; que milagrosamente salvaban vidas, que él acababa de verlo con sus propios ojos esa misma tarde, pero que no les alcanzaba con eso, que siempre estaban dispuestos a más, que ahora se les había ocurrido una gran idea para ayudar de otra manera a la gente de la villa, no con dinero, no con limosnas, con algo mucho más saludable y más sublime: con el amor y la entrega del prójimo más rico.

El obispo hizo una pausa.

Se notaba cierta tensión en el ambiente.

Entonces, levantando apenas el tono de su voz, le pidió a la multitud que lo escuchara con atención, que tenía algo importante para comunicarles, que así como Jesús, repleto de humildad, había lavado los pies de sus discípulos durante la última cena, así se haría este próximo Jueves Santo, la víspera de su crucifixión, que a la salida una

de las señoras que ayudaba en la iglesia iba a anotar a todos aquellos que estuviesen dispuestos a ir a la villa a lavar los pies de los más necesitados, que no dejaran de anotarse, que Dios los estaría observando, que fueran generosos y, sobre todo, que fueran buenos cristianos. Algo más, agregó por último, ahora los chicos van a pasar con las canastas a recibir su caridad, pero no van a quedarse con el dinero para llevárselo a sus vecinos, el dinero va a utilizarse para contratar las combis que nos llevarán el jueves a la villa, sí, escúchenme bien, dije *nos llevarán* porque yo también seré de la partida y aprovecharé para lavarle los pies al padre Pablo, un joven sacerdote que, como pueden comprender con facilidad, queda a la vista, está trabajando de una extraordinaria manera en su parroquia.

CARLA

Sé que puede resultar difícil de creer, pero no puedo sino contar la verdad acerca de lo sucedido: los pibes caminaron los varios kilómetros que separan la catedral de la placita del fresno sin pronunciar una sola palabra. Lo juro. Ni una sola. Antes, al terminar la misa, la señora que anotaba a los cristianos dispuestos a lavar pares de pies pobres les avisó que el obispo esperaría a Carla allí mismo el próximo jueves para iniciar el viaje en las combis, que por favor llegara temprano, bien temprano, para ultimar algunos detalles.

Ya sentados cerca del fresno, el silencio todavía continuaba.

Recién se interrumpió cuando Roberto, con cara de no entender el silencio ni absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo, preguntó quién carajo era Carla.

–Carla soy yo, Cuatro. Fue el nombre que me inventé para el obispo.

–Ah.

Suspiró el Cuatro.

Y enseguida Elián levantó la mano como si estuviera esperando turno para hablar en la escuela y le pidió a la Yesi que no lo tomara a mal, que no era que desconfiara de ella, que de ninguna manera, pero que tenía otra pregunta para hacerle.

–¿Cómo se enteró el señor obispo de que nosotros vamos a cambiar el mundo?

–Divina intuición, imagino.

–Ah.

Ahora el que suspiró fue el Cinco.

Y aunque había otros varios chabones con ganas de seguir preguntando, no se animaron, después del suspiro de Rodríguez el silencio absoluto volvió a cubrir la placita.

Así estuvieron un rato largo. Larguísimo. Cada cual metido en lo suyo.

Por orden numérico ascendente:

La Una decidiendo qué hacer con una duda enorme que se le había instalado en el centro del futuro de su plan. Y otra más: también dudaba si les avisaba a los pibes algo de su duda y algo de lo por venir y, en el caso de hacerlo, qué les decía y qué no de todo aquello que le faltaba por avisar. El Dos masticaba su rabia amorosa despechada. El Tres extrañaba al padre Pablo y tampoco entendía para qué había tenido que perder tanto tiempo en hacer la lista que la Yesi le había

mandado hacer. El Cuatro revisaba y revisaba en su memoria y no encontraba ninguna Carla entre las minitas que conocía. El Cinco, por más que lo intentaba, no terminaba de comprender en qué consistía una intuición divina. El Seis solo se aburría. Y el Siete, por último, estaba cada vez más convencido de que cerrar la boca era lo mejor que podía inventarse para conquistar a la Una, de lejos lo mejor.

Imposible determinar cuánto tiempo transcurrió entre el suspiro del Cinco y el momento en que la Colo se puso de pie y les avisó que los esperaba mañana, ahí, a la hora de siempre, que entonces les contaría algo más del futuro del plan; que ahora no, que ahora necesitaba hablar con el Tres, que tenía que hacerlo a solas, que por favor, que muchas gracias por todo.

La banda fue yéndose.

Poco a poco.

Sobre todo al Dos y al Siete les costó la despedida.

Cuando quedaron solos, al Tres se le ocurrió que podían hablar de lo que hubiese que hablar mientras caminaban hasta el quiosco del viejo, que una birra les vendría bien a los dos, que había sido un día muy largo.

–Dale, vamos. La capilla queda ahí nomás.

Por supuesto, el Yoni no estaba diciendo el verdadero motivo de sus ganas de ir hasta el quiosco y la Yesi, sonrisa pícara mediante, se dio perfecta cuenta.

Durante el viaje hacia el quiosco, la Una le ordenó al Tres que se comunicara con cada uno de los tipos que había anotado en la lista, que la reunión con ellos sería el próximo miércoles a las seis y media de la tarde en la placita, que los citara, que necesitaba hablarles, explicarles algunos pormenores, que ahí iba a llevar parte del dinero para adelantarles esa misma tarde; un poco, no mucho, lo imprescindible para que entendieran que si hacían bien las cosas la guita estaba, que el resto recién se los daría el jueves, justo después de que terminaran con la tarea que les iba a encomendar.

–Hecho.

Respondió el Braian desde una seguridad mentirosa: justo en ese instante sus ojos comenzaban a divisar la puerta de la casa del padre Pablo y, claro, su cabeza solo tenía lugar para la imagen del hombre que se escondía detrás de esa puerta.

–Una birra grande y un par de vasos, por favor.

Pidió la Polaca.

Borges puso un punto y aparte, cerró el cuaderno, sacó la botella de la heladera, buscó los vasos, se esmeró en lavarlos bastante mejor de lo que lo hacía habitualmente y, mientras se los pasaba a la piba, comentó como al descuido que los varones católicos no eran de lavar, que dejaban que las que lavaran fueran sus mucamas o sus esposas o en última instancia sus hijas, que así era el mundo masculino católico y que, por suerte para ellos, que iban a tomar de esos vasos, él no era muy católico.

–Gracias. Muchas gracias, señor. Acaba de resolverme una duda gigante.

El viejo los dejó retozar en paz. Se dio la vuelta, volvió a abrir el cuaderno y escribió lo que escribió, justo hasta este punto.

PUERTAS Y PUERTAS

Terminaron la cerveza y el Tres le preguntó a la Colo hacia qué lado iba. La piba señaló que para allá y entonces el Yoni eligió el otro lado. Se despidieron con un beso y alguna risa. Caminaron en direcciones opuestas. Pero no mucho. Lo justo y lo necesario. El chico hasta esconderse detrás de la última casa de la esquina de su lado a la espera de que ella se perdiera por el callejón. La Polaca, claro, hizo prácticamente lo mismo en la esquina contraria, quería confirmar sus sospechas.

Y no tardó nada en hacerlo.

Apenas unos segundos después, desde su trinchera improvisada, pudo espiar al Yoni: las manos guardadas en los bolsillos de su jean, caminando como distraído en dirección a la casa parroquial. Enseguida, lo vio detenerse justo ahí, sacar del bolsillo una de sus manos, golpear con fuerza un par de veces a la puerta para, al cabo de otros pocos segundos, entrar. Incluso desde tan lejos resultaba evidente el dibujo de una sonrisa de oreja a oreja en la cara del pibe mientras era recibido por los brazos abiertos del curita.

Hay espionajes que pueden terminar en otros. Más íntimos. Eso fue lo que le ocurrió a la Yesi. Ya no le quedaban dudas respecto de quién era el amor que le había cambiado la cara al Tres. Sin embargo, la confirmación visual de sus sospechas no la alivió. Ni ahí. Le pasó justo lo contrario. Sola por los pasillos, olvidó el miedo a que al Yoni se le soltara la lengua con el cura, olvidó el afuera y su cabeza se quedó rumiando únicamente dentro de su soledad.

No caminaba sola.

Era sola.

No tenía una puta puerta a la que golpear. Ningún nadie que la recibiera con los brazos abiertos y le sacara una sonrisa de oreja a oreja después de abrirle. Tenía su trabajo en el yopin, tenía su plan y poco más. No sabía nada del amor. Ni siquiera sabía de las ganas de encontrarse con el abrazo de alguien. ¿Le gustaban los varones o le gustaban las mujeres? Tampoco lo sabía. Dieciocho años y solo se había dado tiempo para planear. Una vida de planes. De futuros posibles. Portarse bien, terminar los estudios, conseguir un buen trabajo y asuntos por el estilo. Nada de presente.

Una lágrima se desbarrancó por entre las pecas de su cara.

Una lágrima sola.

Tan sola como ella.

Por eso, y porque quizá no conocía otra manera de pensar su vida, se secó la lágrima, acomodó un incómodo mechón de pelo que quería taparle uno de los ojos, justo el de la lágrima, y se prometió firmemente pensar un plan. Uno nuevo, uno más. Uno que le permitiera en algún porvenir tener una puerta donde golpear. Una puerta para no estar tan sola.

Un plan para dejar de ser sola.

Un plan que pondría en práctica apenas después de terminar con su plan para cambiar el mundo. Inmediatamente después.

LA ÚLTIMA CENA

La Polaca llegó sola a la reunión del lunes. Se sentía igual de sola que el fresno. O más. No había podido recuperarse de la cachetada de realidad que le produjo la puerta del padre Pablo abriéndose de par en par ante los golpes del Tres. De todas maneras, no lo demostró. No podía. Tenía que mostrarse fuerte frente a los demás miembros de la banda. Debía ser precisa y no cometer errores que pudiesen adelantarles los oscuros secretos del resto del plan.

Llegó sola.

Apenas con la compañía de un par de birras de litro y una docena de sánguches.

No se trataba de conquistarlos. Eso ya había ocurrido el primer día que los había citado en la placita. Pretendía otra cosa muy distinta con esas vituallas: necesitaba verlos comer. No a todos, por supuesto. Quería observar comer al Dos y al Siete. Se le había puesto en la cabeza que las maneras en que esas mandíbulas y esas bocas se movieran, mientras mordían o masticaban, podrían ayudarla a elegir la correcta puerta del amor. Los labios, las lenguas, la amplitud de los mordiscos, la rapidez del masticado, se había convencido durante la larguísima noche de soledad en la que casi no había pegado un ojo, le avisarían sus formas de besar o la delicadeza con la que esos chabones podrían, algún día del porvenir, chuparle bien la concha.

Les pasó los sánguches. Destapó las cervezas y enseguida dio la orden de empezar a comer. Antes les pidió que por favor fuera en silencio, mirándose los unos a los otros, como si se tratara de una sentida celebración religiosa.

Argucias.

El silencio y la impunidad de las miradas le permitirían observar con facilidad, sin llamar la atención, aquello que necesitaba observar.

No tardó nada.

Demasiado rápido llegó a una conclusión.

Notó algo o mucho de desesperación en ambas mandíbulas. Y una ausencia absoluta de cuidado o de ternura en sus bocas. No le gustó nada la escena. Incluso, hasta le pareció bastante brutal la manera en que sostenían los sánguches antes de hincarle con ansiedad depredadora sus dientes. Decidió entonces que esos dedos jamás iban a acariciarla. Ni en pedo. Nunca tocarían su piel y, sobre todo, su

concha jamás de los jamases se convertiría en una suerte de desesperado bocado para esos chabones.

Mejor sola.

Como toda la vida.

De inmediato, apenas decidir lo que había decidido, dio por terminada la misa comestible. Se puso de pie. Y les pidió que la escucharan con atención, que por favor, que no andaba en un buen día, que no tenía ganas de repetirse.

Entonces hizo una pausa.

Para acomodarse la minifalda.

Se la había puesto porque había imaginado otro final para la cena. Sin embargo, ahora le incomodaba. Y mucho. Los ojos del Siete, por ejemplo, no dejaban de posarse lascivamente sobre algunas regiones del rojo furioso de su pollera.

–Hoy es lunes, señores. Y la jugada final será el jueves. Es poco lo que tendrán que hacer. Poco pero fundamental, al mismo tiempo. Acompañarán al obispo y al cura. No los dejarán solos ni un segundo. Ni permitirán que, por la razón que sea, salgan de la capilla. Los entretendrán de la manera en que se les ocurra. Por favor, aunque ellos insistan, que no salgan de allí a husmear lo que anda ocurriendo en las afueras.

–¿Eso es todo?

Preguntó el Siete desde cierto malhumor. Herido. Perfectamente consciente de que la piba había dejado de mirarlo con los mismos ojos con los que lo había estado mirando durante los últimos días.

–Eso es casi todo.

Le respondió la Yesi sin mirarlo.

Por las dudas volvió a acomodarse la minifalda y enseguida agregó que lo único que faltaba era avisarles que tenían que estar temprano, bien vestidos, sin gorras, en la puerta de la capilla; que ella iba a llegar en una de las combis junto al obispo, que se los dejaría ahí plantado y que ella se iría con los visitantes y el Tres a hacer lo que tenían que hacer, que si necesitaba a alguno de ellos para alguna otra tarea se los diría apenas bajar de la combi, que eso era todo y que no se repetiría, que aquel que no hubiese entendido, o acaso no estuviese de acuerdo con la labor que debía realizar, que no fuera, que no le pondría falta, que no pasaba nada, que así era como lo repetía la historia bíblica: siempre podía aparecer un Judas en la Semana Santa.

–Ahí estaremos.

Prometió el Dos.

Feliz al darse cuenta de cómo habían cambiado los ojos de la piba respecto del Siete. Incapaz, también, de darse cuenta de que esa

mirada era exactamente la misma que la Colo le dedicaba a él.

El miércoles, víspera del Jueves Santo y del final del plan, la Colo llegó a la cita media hora antes de lo estipulado. Tenía miedo de que algunos de los invitados se encontraran a solas con el Tres, perdieran la paciencia y huyeran despavoridos. Su presencia les haría más fácil la espera. Estaba segura de eso: se había pintado los ojos y la boca, había elegido la remera más escotada que había encontrado en el ropero y, por supuesto, se había calzado la minifalda roja. Eso bastaría. Eran varones. Tan varones como casi todos los varones que conocía.

Al rato llegó el Yoni.

Con la misma cara de felicidad que calzaba durante los últimos días.

Bromeó que ignoraba que se tratara de una fiesta; que, de haberlo sabido, habría venido vestido con lentejuelas y zapatos de tacos altos, que.

–No lo necesitas, con los brillos que el curita te deja en la cara basta y sobra.

Le cortó el rollo la Yesi, imperturbable.

A la hora pactada, se habían presentado veintisiete tipos. Bastante menos de los treinta y nueve anotados en la lista. La Polaca, entonces, meneó su tuneado cuerpo en el centro de la escena y les pidió esperar quince minutos más para ver si llegaban los que todavía faltaban.

Pero no llegaron todos al cabo de los quince minutos.

Solo dos más.

Entonces tuvo que empezar. Por más minifalda y remera escotada y labios pintados, la impaciencia ya empezaba a sentirse en el ambiente. Justo antes, llamó al Tres, le dio un par de billetes de mil y le pidió al oído que fuera a comprar o conseguir algunas cosas que necesitarían para mañana.

Una vez que el Yoni se hubo marchado, la piba hizo sentar a los veintinueve. Les explicó que iba a adelantarles cien pesos a cada uno y que, los novecientos restantes, se los daría recién al otro día, cuando terminaran con su trabajo.

–¿De qué se trata?

Preguntó uno de los tipos con mala leche.

–No te apures.

Le respondió la Colo.

–No me apuro, piba, solo quiero saber: pasa que mil pesos pueden ser mucho o pueden ser muy poco, eso depende de la clase de trabajo que nos mandes hacer.

–Está más que bien pagado. Ya vas a ver. Ahora les cuento.

–Buenas noches, señor.

Saludó el Tres al quiosquero mientras no dejaba de mirar de reojo hacia la puerta de enfrente al quiosco.

Borges cerró el cuaderno de un manotazo, con algo de furia, lo saludó con dientes apretados y fue a buscar hasta el fondo del local una bolsa repleta de trapos. Se la alcanzó, enseguida bajó de uno de los estantes de la derecha cuatro botellones de lavandina, algunas docenas de vasos plásticos, los metió dentro de otra bolsa y se las pasó.

–Son dos mil pesos.

–Tome, señor, era justo lo que traía.

–Ya lo sabía, Jonathan. Ahora rajá de acá, no quiero perderme nada de lo que está pasando en la placita.

El Tres agarró las cosas, miró por última vez hacia la puerta cerrada del padre Pablo y huyó corriendo: la cara del viejo Borges le había provocado algo o mucho de terror.

Evidentemente, la Colo aprovechó el lapso que transcurrió entre la llegada del Tres al quiosco y su cobarde huida. Durante ese rato, la muy perra se las ingenió para contarles a esos tipos cuál sería la tarea que deberían realizar en la mañana del Jueves Santo. Ahora, los tipos ya se habían puesto de pie y formaban una fila.

Empezaron a pasar de a uno.

La piba les daba los cien pesos y les pedía por favor que no faltaran, que la esperaran temprano ahí cerca del fresno, que por ahí a ella se le hacía un poco tarde, pero que por favor no se fueran ni le dijeran una palabra a nadie sobre lo acordado, que iba a estar el Tres esperándolos con las herramientas que necesitaban para el trabajo.

Los tipos agarraban la guita y daban saltos de alegría.

El intercambio era rápido.

Hasta que dejó de serlo. Uno de los chabones recibió el dinero, no saltó, y a modo de agradecimiento rozó apenas uno de los brazos de la Polaca. De inmediato, la piba levantó sus ojos claros y los posó sobre el azabache de los ojos del tipo, los mantuvo sin pestañear unos segundos eternos, después se fijó en sus manos y no tardó nada en preguntarle cómo se llamaba.

–Soy el Tucu.

–Tenés lindas manos, Tucu. Cuando termine todo esto me gustaría volver a verte.

Como no podría ser de otro modo, en ese instante crucial hizo su entrada el Tres. El molesto Tres. El fastidioso Tres. El pesadísimo Tres. Se puso justo delante de las manos y de los ojos del Tucu y le avisó a la Yesi que ya había conseguido todo lo que le había pedido.

El Tucu siguió su camino.

La fila terminó de pasar.

Y, cuando quedaron a solas la Colo y el Yoni, la piba le contó que había conocido las únicas manos del mundo que deseaba la acariciaran.

–Las manos de Dios.

Dijo el chico, largó la carcajada y se terminó la reunión.

Cada uno tomó para su lado. Claro que, al despedirse, la Polaca le ordenó que estuviese bien temprano con las cosas que había conseguido cerca del fresno, que mientras esperaban a que ella llegara de la catedral se ocupara de llenar los vasos con la lavandina y les entregara un vaso y un par de trapos a cada tipo. Y agregó que antes, ahora mismo, ella iría casa por casa a avisarles a las familias de la lista que mañana, finalmente, sería el día en que deberían abrirles las puertas.

UN SEGUNDO PARÉNTESIS

Aprovecho que es de noche, muy tarde, que seguro todos los protagonistas de esta historia están durmiendo, recuperando fuerzas para el gran evento de mañana, para escribir un segundo paréntesis.

Lo necesito.

En principio, lo necesito porque resulta difícil escribir en tercera persona cuando uno es una sola y primera persona. También resulta difícil porque uno debe ceñirse a la verdad de lo que pasa y de lo que dicen los personajes mientras pasa lo que pasa y así uno tiene que transcribir adjetivos que lo califican de una forma no tan simpática. Viejo. Garca. Gil. Etcétera.

Podría censurarlos.

Por supuesto que podría.

Pero no. He decidido que no. No soy de los que creen que prohibiendo lo malo solo queda lugar en el mundo para lo bueno. Lo malo y lo bueno siempre están. Lo queramos o no lo queramos. Y aunque sea el dueño del cuaderno y también de la lapicera, no soy quién para juzgar o censurar a nadie.

Hay algo más que necesito aclarar.

Puede que llame la atención que un quiosquero que lo sabe todo, incluso, en varios momentos, hasta el futuro de la historia, de buenas a primeras y por culpa de que el Jonathan viene hasta mi local a buscar lavandina, trapos y vasos plásticos, no sepa o no pueda contar lo que la Polaca les dice a los tipos que citó junto al fresno de la placita.

Puede que llame la atención.

Lo reconozco.

Sin embargo, debo alegar en mi defensa que no resulta sencillo estar en dos lugares al mismo tiempo. Para nadie. Ni siquiera para mí que soy el dueño del cuaderno y de la lapicera.

Y hay algo más al respecto.

Algo importante.

Pongamos por caso que el molesto del Yoni no hubiera llegado justo en ese momento a importunarme. Pongámosle. De todas maneras, no sé si hubiera transcripto las palabras de la Colo. Quizá esas palabras habrían adelantado buena parte de lo que está a punto de suceder. Y eso no estaría bien. De ninguna manera estaría bien. Es mejor no precipitar los acontecimientos. Enterarse de las cosas, quiero decir, en el momento preciso en que uno debe enterarse. Nunca antes.

Me parece.
No sé.

Una última aclaración, lo prometo. Necesaria, también, por lo que sobrevendrá inmediatamente a continuación. Si el viejo no pudo estar en dos lugares al mismo tiempo, dentro de su quiosco y cerca del fresno, mucho menos podría ahora seguir en su derrotero al obispo, a los visitantes y a veintipico de tipos con trapos y vasos plásticos llenos de lavandina.

No le pidamos tanto.

No sería justo.

Tampoco, y en verdad lo siento mucho, queda al alcance de mis manos, las manos del otro, la posibilidad de solucionarle tamaño problema al bueno de Borges.

Nada es verdad.

Y todo lo es.

JUEVES SANTO

El larguísimo jueves final comenzó al alba. La Colo, ahora vestida como una abnegada cristiana, sin escotes ni labios pintados ni minifaldas, caminaba a paso firme hacia la catedral mientras los demás protagonistas del día recién despertaban o todavía dormían.

Siempre tiene que haber alguien más despierto que los demás para que las cosas se hagan.

Me parece.

Nerviosa para sus adentros. Serena para los de afuera. Aunque también es verdad que algo distraída con la imagen de los ojos y de las manos del Tucu. Una imagen que desde la noche anterior no hacía más que repetirse, una y otra vez, dentro de su cabeza. Distraída, sobre todo, con las manos del chabón. Tendrían apenas tres o cuatro años de edad más que sus propias manos. Eran firmes pero delicadas. Suaves como las de un nene. Los dedos larguísimos y bien morenos. Las palmas no. Las palmas eran blancas, casi transparentes. Por eso, cuando esas manos la rozaron, de inmediato le nació un cosquilleo cerca de la nuca y no pudo sino levantar los ojos para mirar a aquel que podía provocarle semejante alboroto en el cuerpo.

Los veintinueve tipos eran hermosos.

Muy.

El Yoni había elegido bien. Sabía del asunto, evidentemente. Sin embargo, lo lindo del Tucu no le importaba. Le importaban sus manos. Las únicas que deseaba la tocaran entera. Toda. Y, si fuera posible, esa misma noche.

Así de ausente la había notado Borges anoche cuando de casualidad la piba pasó por el quiosco y el viejo aprovechó la ocasión para contarle que se había tapado los ojos y había visto algo que podía interesarle junto a un hoyo de golf.

Y así llegó a las escalinatas de la catedral.

Las puertas estaban cerradas y no se veía a nadie en varios kilómetros a la redonda. Por eso decidió ir hasta el portón de la casa episcopal y tocar el timbre. Un par de minutos más tarde apareció la amable señora de siempre, la hizo pasar al jardín y la convidó a desayunar en la galería. La Colo aceptó, no había tenido tiempo de tomar nada en su casa. Aunque antes fue hasta la *Ipomea purpurea*, la encontró perfectamente sana y entonces se animó a sacarle la bolsa negra de encima y a desenterrar las ramas del limonero que la habían

sostenido. Dejó todo a un costado, miró al cielo, recordó por enésima vez los larguísimos dedos del Tucu junto a la planta resucitada, los imaginó acariciándola, y recién después fue a sentarse en la galería.

Al rato, la señora salió con una taza gigante de café con leche y un par de tostadas untadas con mermelada de arándanos. Era increíble, la vieja. No hablaba. Solo sonreía. Y a la Polaca le pareció que una mujer así era un excelente augurio para el porvenir del día.

El amor cambiará el mundo, pensó.

Pero se quedó ahí.

No pudo continuar con sus reflexiones. Desde la otra punta de la galería, y justo en ese instante, irrumpió el obispo gritándole que muy buenos días, que gracias por quitarle el sombrero a la campanilla, que la había visto hacerlo a través de su ventana mientras se vestía, que le había encantado cómo, luego de hacerlo, levantaba los ojos hacia el cielo agradeciéndole a Dios con alegría.

No a Dios, a las manos del Tucu, pensó la Colo.

Pero no lo dijo, claro.

Solo volvió a repetir, para sus adentros, que el amor iba a cambiar el mundo.

Desayunó junto al obispo hablando de plantas y de cómo cuidarlas. El tipo se había vestido con sobriedad. Nada de colores llamativos, llevaba una sobria sotana negra. Daba la impresión de estar distendido. Casi feliz. Y eso a la Polaca terminó de tranquilizarla.

Enseguida, a través de las rejas del portón, vieron estacionar a las dos combis blancas que llevarían a los lavadores de pies pobres hasta la villa.

Salieron.

A esperar junto a las combis la llegada de los inscriptos para el viaje.

Como al pasar, el obispo le informó que se habían anotado treinta y cuatro, pero que no vendrían todos, que seguro algunos se habían arrepentido de la decisión que habían tomado el sábado pasado, que solía ocurrir, que la firmeza y la voluntad eran virtudes que escaseaban entre los hombres.

El tipo le hablaba de inscriptos.

De todos, de algunos.

De hombres.

Cuestiones odiosas del castellano. Siempre en masculino. Y ella se moría de las ganas por conocer el sexo de esos inscriptos, de esos todos, de esos algunos, de esos hombres. Pero no se animaba a

preguntar. Esperaría.

Por suerte, la duda de la piba se develó bastante pronto. Los anotados comenzaron a llegar en grupos. Conversando. Cuchicheando. Riéndose sin parar. Saludaban primero al obispo, luego a ella y de inmediato se metían en las combis.

Al final, contaron veintisiete.

Todas mujeres, gracias a Dios y a todas las vírgenes y santas de los cielos castellanos.

Al rato, Borges las vio bajar de las combis justo enfrente de su quiosco. Las observó bien. Una por una. Comprobó que efectivamente eran veintisiete. Jóvenes y lozanas. Todas rubias o teñidas de rubio. De entre treinta y cuarenta años.

También vio bajar a la Yesica.

Y al obispo.

En un santiamén, el padre Pablo y los varones Wojtyla se llevaron al obispo hacia la capilla y la piba se perdió con la fila india de rubias persiguiéndola por uno de los estrechos pasillos de la villa.

Aunque no hacía demasiado calor, los tipos que la banda había contratado por mil pesos evidentemente habían hecho caso de una orden que les había impartido la Polaca el día anterior: todos lucían musculosas, coloridas bermudas o pantalones cortos y ninguna gorra.

Tatuajes, también.

Aunque eso lleva su tiempo de realización, no puede haberse tratado de una orden de la Colo.

El Yoni había vaciado los botellones de lavandina en los vasos y se los había entregado junto con el par de trapos a cada uno. Los tipos esperaban sentados, alrededor del fresno. Fumando. Dejando pasar el tiempo. Casi en silencio. Justo hasta que empezaron a sentir gritos y algunas risas que provenían de una caravana que se acercaba hacia la placita.

Eran las rubias.

Y los tipos se levantaron apenas las vieron.

Contentos, se levantaron. Felices, se compusieron un poco las ropas. Estaban buenas, las muy gatas. Unos bomboncitos.

Los grupos no se mezclaron. Las rubias quedaron de un lado y los morochos del otro. Entonces la Yesi, justo en el centro, tomó la palabra. Contó en voz alta a las minas y enseguida contó a los

chabones. Sobraba uno. Y como sobraba uno, decidió que el Tucu se quedaría con ella, que mejor, que lo necesitaba ahí para que la ayudara con algo, que los demás saldrían en pareja. Después les pidió a las mujeres que no tuviesen miedo, que todo estaba bajo control, que los muchachos eran buenos muchachos, especialmente elegidos para la ocasión y sabían adónde llevarlas; que la gira estaba muy bien organizada, que si ellas preferían eligieran a su compañero o, si no, ellos serían los que eligieran a su acompañante.

Las minas cuchichearon.

Y una, la más jetona, en nombre del resto se animó a pedir que mejor eligieran ellos.

Entre idas y venidas, el tumulto duró unos minutos. Entonces, una vez conformadas las veintisiete parejas y justo antes de que partieran hacia sus respectivos destinos, la Yesi se tomó algunos segundos más para informarles a las rubias, los morochos por supuesto ya lo sabían, que no lavarían pies, que harían algo muchísimo más útil para las desprotegidas familias a las que ayudarían: limpiarían los baños de veintisiete casas; que sería menos duro, que los muchachos estaban ahí para ayudarlas en la tarea, para llevarse la parte más fea de la limpieza, por ejemplo los inodoros, que el amor iba a cambiar el mundo y que Jesucristo, desde las alturas y desde su inmensa bondad, seguro estaba completamente de acuerdo con este cambio de planes.

Ninguna se quejó.

Es más, se las veía bastante relajadas mientras desaparecían de la placita, charlando como cotorras con sus acompañantes, por los pasillos de la villa.

Mientras tanto, el padre Pablo había hecho entrar al señor obispo y a los Wojtyla a la casita parroquial. Dijo que para tomar un refresco antes del lavado de pies. Como había solo dos sillas en la cocina, los pibes se quedaron de pie, el curita le pidió al Cuatro que sacara unas gaseosas de la heladera, él mismo buscó los vasos en un armario y el obispo se explayó durante un largo rato acerca de la buena idea que habían tenido.

–Se los agradezco en nombre de Dios.

Finalizó.

Y como de inmediato se levantó de la silla con ganas de lavarle ya mismo los pies al padre Pablo y los pibes tenían la orden de entretenerlo el mayor tiempo posible, el Cinco, el único que tenía alguna idea acerca de los asuntos católicos, se apuró a pedirle que después, monseñor, les ofreciera una misa allí en la capilla, que por favor, que para ellos sería muy importante, que nunca había ocurrido, un obispo oficiando misa en la villa, que para ellos sería algo

inolvidable.

–Por supuesto, hijo.

En la placita, la Yesi no dejaba de mirarle las manos al Tucu. También los labios, necesitaba verlos moverse. Hablaban y hablaban. De cualquier cosa, no importaba. Un rato antes, la piba le había pedido al Tres que se uniera a los demás Wojtyla, que se encargara de que el obispo no saliera de la capilla por nada del mundo.

Aunque no era verdad, claro.

En realidad, lo único que le interesaba en ese momento era quedarse a solas con el Tucu para mirarle bien de cerca las manos.

Y acá empieza realmente el problema para Borges. O para mí, el otro, da igual. Mal que mal, creo que el viejo garca se las ha ingeniado para contar con rigurosidad lo ocurrido en los dos escenarios donde hasta el momento se desarrollaba la acción: la capilla y la placita.

Pero las facilidades se acabaron.

A esos dos escenarios ahora tenemos que sumarle veintisiete parejas limpiando baños.

Veintisiete escenarios más.

Resulta demasiado para un quiosquero. El tipo hará lo que pueda. No es Dios, que todo lo ve. Y yo también haré lo que pueda. Lo prometo. Aunque tampoco soy Dios y, la verdad sea dicha, veo bastante poco. Por eso, he decidido que el viejo siga con atención a una sola de las parejas y se olvide por completo de las demás. También de la misa del obispo y de la charla enamorada que mantienen la Polaca y el Tucu debajo del fresno.

Dicen por ahí que para muestra basta un botón.

Lo siento. De verdad, lo siento. Pero la multitud de escenarios no permite que nadie, ni siquiera el bueno de Borges, mucho menos yo, mostremos en este caso más que un botón.

Delfina, a diferencia de la mayoría de las mujeres que habían arribado a la villa en las combis, era rubia de nacimiento. Desde las raíces. Se había inscripto porque se había inscripto. Sin más razones que haber pasado muy cerca de la señora que el sábado, a la salida de la misa vespertina en la catedral, anotaba a quienes quisieran participar del lavado de pies en la villa.

Tenía treinta y dos años.

No era alta.

Regordeta y charlatana, no paraba de contarle detalles de su vida a Diego Armando mientras desandaban los pasillos. El tipo, apenas menor que ella, repleto de músculos y de tatuajes, le llevaba por lo menos tres cabezas y tenía que hacer un esfuerzo enorme para entender algo de lo mucho que la mina le decía. Solo participaba en la conversación, muy de vez en cuando, con un tímido sí o una simpática sonrisa muda. No mucho más. Delfina, que ya había pasado por anécdotas diversas, ahora, haciendo un esfuerzo, separaba un poco el fluir de sus palabras para adentrarse en lo aburrida que era la vida que llevaba en su barrio cerrado, que no tenía nada para hacer, que su

marido llegaba tarde de trabajar, que encima volvía cansado, tan cansado que solo quería ver partidos de futbol o programas políticos en la televisión, que a ella no le interesaba ni la política ni el futbol, que salían poco, nunca a bailar, nunca al cine, que solo cada tanto a cenar con parejas amigas que también vivían y se aburrían dentro del mismo barrio, que.

–Llegamos.

La cortó Diego Armando.

La casa que les había tocado en suerte no era de las más precarias. De material, incluso tenía una de las paredes, la del frente, alisada con cemento. Los recibió una mujer. Sostenía a un nene en brazos. Hamacaba a la criatura y no demostraba ni alegría ni malhumor por la visita: no demostraba nada. En realidad, se limitó estrictamente a hacerlos pasar dentro, a enseñarles dónde estaba el baño, y volvió a sus quehaceres maternales.

Entraron.

–Así no nos molestan mientras limpiamos.

Argumentó Diego Armando al cerrar con cuidado la puerta del baño tal como les había sugerido la Colo que hicieran en la charla de la noche anterior.

Delfina no dijo nada al respecto.

Ni un sí ni un no.

Daba la impresión de que lo único que le importaba era observar la espalda del tipo, esa tremenda espalda repleta de músculos oscuros, tan distinta a la pálida espalda de su Gastón. Quería tocarla, necesitaba comprobar su dureza, comprobar que existiera de verdad. Aunque, claro, no sabía cómo hacerlo sin quedar expuesta.

Pero se las ingenió.

Al final se las ingenió.

El baño era pequeño, no había espacio para casi nada, y entonces le pidió permiso a Diego Armando para llegar hasta el lavatorio y, a modo de coartada, se aprovechó de la estrechez del lugar para plantarle una de sus manos casualmente en el hombro fingiendo que lo había tenido que hacer para no caerse.

El muchacho sintió el contacto.

Aunque decidió no apurarse.

Dejar pasar el tiempo mientras lavaba con lavandina y uno de los trapos el inodoro.

Delfina, mientras tanto, estaba abocada a la limpieza del lavatorio, aunque no dejaba de hablar ni de reír ni de mirarlo de reojo. Decía que era lo más excitante que había vivido en mucho tiempo, que jamás se había imaginado que fuera tan divertido ir de visita a una villa, que

esto, que lo otro, que lo de más allá, que sus amigas se iban a morir de la envidia cuando les contara.

Entonces, Diego Armando hizo un movimiento completamente innecesario.

Para probarla.

Se deslizó hacia atrás, justo hasta chocar contra uno de los muslos de ella.

Delfina, que justo pasaba su trapo por el pequeño espejo que colgaba de la pared, largó la carcajada, le dijo que había sido un poco bruto, que qué se pensaba, que así no se trataba a las chicas, que lo había imaginado bastante más dulce.

La perrita le gustaba. Y el asunto era más que evidente. Había llegado el momento de actuar: se levantó del piso y con el dedo índice de su mano izquierda, era zurdo, recorrió la columna vertebral de la mina.

Lentamente.

Primero de arriba abajo y enseguida de abajo arriba. Luego jugó a meter ese mismo dedo por los huecos que encontraba en la blusa. Entraba despacio y salía rápido en busca del próximo.

–Este espejo no me favorece.

Dijo Delfina para decir algo en algún momento eterno de ese dedo hurgando dentro de los huecos de su blusa. O quizá lo dijo para que no se le notara tanto el cambio de temperatura que la había recorrido entera.

–Sos hermosa.

Fue todo lo que respondió Diego Armando.

Y no tardó nada en rodearla con sus brazos, apretarse contra su espalda, desabrocharle el jean y meterle, ahora sí con la dulzura que semejante hembra se merecía, el mismo dedo que antes había viajado por su columna y por los huecos de su blusa, el índice de su mano izquierda, la más hábil, por delante, bien adentro de su mínima tanguita.

Delfina lo dejó hacer.

A esa altura de los acontecimientos, ya estaba mojadísima.

Y feliz.

Las rubias ya se habían trepado a las combis. La Yesi, entonces, se adelantó apenas al resto de los Wojtyla y comenzó a hablar sin parar. Le dijo al obispo que, ayer por la noche, Borges, el quiosquero de la villa, el de ahí enfrente, se había tapado los ojos y había visto una banda de negritos.

Una banda de entre uno y veintisiete negritos.

Aunque no sabía el número exacto ni tampoco sabía por qué se le había ocurrido justo el número veintisiete.

La banda, le había dicho el viejo, jugaba al futbol cerca de la bandera de un hoyo de golf; que no los había podido contar, que seguro eran más de uno y menos de veintisiete, y que definir el número exacto de negritos que había visto mientras se tapaba los ojos implicaba el de la existencia de Dios: si Dios existía, el número era definido porque Dios sabía cuántos negritos había visto, pero que, si por el contrario Dios no existía, el número era indefinido porque ni él ni nadie habían podido llevar la cuenta.

–No sé cuántos negritos vio el quiosquero, señor obispo, esa es la pura verdad. Ergo, si tal número es inconcebible, quédese tranquilo, Dios existe.

La Colo se tomó un respiro.

Pero solo un respiro, ya no necesitaba menear la luz de su totó frente a un obispo ni frente a nadie.

Lo más importante, sin embargo, terminó la piba al cabo de unos pocos segundos, es que dentro de unas cuantas lunas esos innumerables negritos que vio el viejo Borges mientras se tapaba los ojos van a transformar el mundo. Lo harán más lindo y más justo. Más parecido, sobre todo. Un mundo que a Dios le va a gustar bastante más que este mundo que tenemos.

Claro que la piba algo se guardó.

Se ve que no quería arruinar la sonrisa del obispo.

No podía decirle que Dios no existía, que recién, cuando había pasado por el quiosco de camino hacia la capilla, Borges la había llamado para avisarle a los gritos que finalmente había podido contarlos, que los negritos iban a ser nueve. Exactamente nueve.

Sin más vueltas, la Polaca se despidió del obispo, les avisó a los

Wojtyla que los esperaba al día siguiente a las seis y media en donde siempre, que no faltaran, que tenía que contarles cómo gracias a ellos y al amor había comenzado a cambiar el mundo. Además le pidió al Yoni que les fuera a pagar lo que faltaba pagarle a los muchachos que esperaban cerca del fresno, que se lo merecían, pero que antes, por favor, le pasara mil ochocientos noventa pesos a ella, que novecientos eran para el Tucu, que ella se los entregaba, que los otros novecientos noventa los necesitaba para algo especial que todavía le quedaba por hacer, y que, con los dos mil que sobraban, comprara birras para la alta fiesta de mañana en la placita.

–Si pinta, también lleven música.

Terminó de ordenar la Polaca.

Luego saludó desde lejos a las rubias y fue corriendo a encontrarse con las manos del Tucu que la esperaban a unos cuantos metros de la escena. Le pasó el pago y, al oído, le confesó que tenía casi mil pesos, que quería invertirlos en un par de panqueques de manzana flameados con ron, que se trataba de un antojo que le venía desde muy lejos, desde hacía muchísimo tiempo, aunque, si lo prefería, podían gastarlos en cerveza.

El Tucu no dudó.

Eligió los panqueques.

Argumentó que nunca los había probado, y que cumplir con ese antojo le parecía la mejor manera de empezar o terminar de conocerla.

Entonces, apurados de ganas, desaparecieron para siempre de mi cuaderno por uno de los pasillos de la villa. Jamás se les pasó por la cabeza darse la vuelta y mirar hacia el quiosco.

Todo es mentira.

Menos la verdad.

Edición en formato digital: marzo de 2023

© imagen de cubierta, Eva Mutter

© Federico Jeanmaire C/O SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA, 2023

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1843-7

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es